

UNA TEORÍA MARXISTA DEL VALOR-TRABAJO A LA LUZ DE LA INDUSTRIA PETROLERA

Introducción y glosario

George Caffentzis



**UNA TEORÍA
MARXISTA DEL
VALOR-TRABAJO
A LA LUZ DE
LA INDUSTRIA
PETROLERA**

George Caffentzis

UNA TEORÍA MARXISTA DEL VALOR-TRABAJO A LA LUZ DE LA INDUSTRIA PETROLERA

George Caffentzis

·CH·XI·



tinta
limón
·EDICIONES·

Serie Ch'ixi. En los intersticios del trajín cotidiano, libros mínimos que meten una cuña, una falla en el continuo. Lo *ch'ixi* es la fuerza de lo heterogéneo, potencia conceptual y política de lo variopinto y abigarrado. Entran aquí todos los esfuerzos y labores de composición práctica, discontinua y problemática: destellos luminosos, adelantos de investigación, conversaciones en desarrollo.

·CH'IXI·

Caffentzis, George

Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la industria petrolera / George Caffentzis.- 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tinta Limón, 2022.

128 p. ; 17 x 11 cm.

ISBN 978-987-3687-89-1

1. Economía. 2. Marxismo. 3. Política. I. Título.

CDD 335.409

Edición original: los dos textos que componen este libro fueron tomados de *No Blood For Oil! Essays on Energy, Class struggle, and War, 1998-2016*, Autonomedia, Nueva York, 2017

Diseño de cubierta: Diego Maxi Posadas

Maquetación: Florencia Ayelén Medina

Producción de imprenta: Gabriela Mendoza

Corrección: Elina Kohen

Traducciones: Elena Marengo y Nancy Viviana Piñeiro



© 2022, de la edición, Tinta Limón

© 2022, de los textos, Geoge Caffentzis

www.tintalimon.com.ar

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prefacio. La lucha de clases según tres revoluciones conceptuales: una crónica personal	9
Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la industria petrolera	23
Bibliografía	123

Prefacio

La lucha de clases según tres revoluciones conceptuales: una crónica personal

Durante la mayor parte de mis setenta años, me he dedicado a estudiar la lucha de clases. Sin embargo, este objeto de estudio se ha modificado en mi mente por lo menos tres veces. Mi concepción actual de la lucha de clases ya no coincide con la visión grandiosa, aunque limitada, que tuve mientras leía por primera vez a Marx e intentaba describir la lucha por los derechos civiles y los movimientos antibélicos de la década de 1960 utilizando categorías como plusvalía, salarios y ganancias. En ese entonces, la clase obrera y la clase capitalista eran para mí dos titanes definidos institucionalmente que combatían en los piquetes y en los campos de batalla por el control de la sociedad. El resultado de esa lucha titánica determinaba el grado de explotación en toda la sociedad, tal como se expresaba en la tasa media de ganancia.

La microlucha de clases y el rechazo del trabajo (*Zerowork*)

La primera revolución conceptual que experimenté sobrevino cuando empecé a ver que la lucha de clases está diseminada en todos los procesos de producción social que involucran al trabajo y que el rechazo del trabajo es la “variable oculta” que

explica por qué “las cosas” “se vienen abajo” y “se nos vuelven en contra”. Mucho antes de que Michel Foucault y James C. Scott hicieran ver al mundo erudito la “microfísica del poder” y las “armas de los débiles”, textos como “Counter-Planning from the Shop Floor” [Contrapropuesta desde el taller], de Bill Watson, advertían a los militantes anticapitalistas que, en una sociedad capitalista y en un millón de sitios distintos, se desarrollaba una microlucha permanente entre los trabajadores y los patrones (Watson 1971). No era una lucha declarada –a menudo no tenía que ver con los sindicatos o se oponía a ellos– y el combustible que la alimentaba era la repulsa de la alienación y la opresión cotidianas que son esenciales para la rotación de la producción y reproducción capitalistas. Esa revolución conceptual transformó el combate entre dos homogéneos titanes de clase en una difusa lucha “subterránea” de fuerzas y tendencias distribuidas a todo lo ancho y lo largo de la sociedad, que además no era externa a las barreras de clase; por el contrario, impregnaba al capitalismo de diversas maneras en su esencia misma. De hecho, los dos “bandos” se transfundían; la política y la economía eran inseparables pues el trabajo es opresión y es necesario imponerlo sin cesar por medio de mil y un ardides e incontables formas de violencia, mientras que el rechazo del trabajo se mostraba en la superficie de la sociedad mediante infinitas expresiones que, en su mayoría, no se reconocen ni son reconocidas como “lucha de clases”.

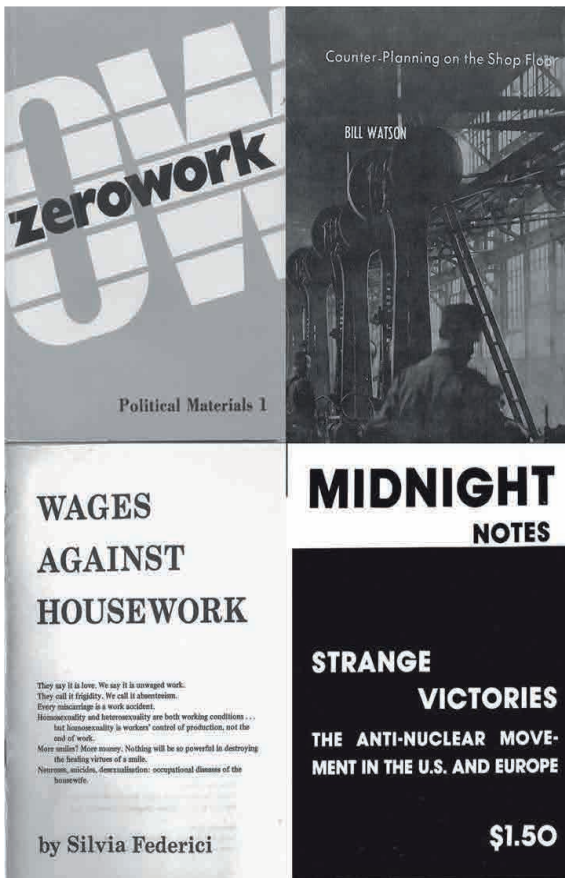


Figura 1. Los panfletos y las revistas que muestra la imagen se cuentan entre las obras que más ampliaron mi comprensión de la lucha de clases: *Zerowork* n° 1, de 1975; el libro de Bill Watson "Counter-planning on the Shop Floor", publicado en 1970; "Wages Against Housework", publicado en 1974, y el primer número del colectivo *Midnight Notes*, publicado en 1979.

Para mí, el nuevo análisis fue como una iluminación religiosa o científica porque, en gran medida, revelaba las fuerzas ocultas del universo social así como las fuerzas nucleares o el campo gravitacional habían revelado las fuerzas ocultas del universo físico. Pero no era fácil “aprovecharlas”: en todo caso, al responder ante ellas, los capitalistas han actuado con mucha más conciencia que las “organizaciones de la clase obrera”. Pues la lucha de clases en el proceso de trabajo y el movimiento de rechazo del trabajo han impulsado el desarrollo capitalista (como si hubiera habido una amplificación sociohistórica del famoso dicho “El que quiere celeste, que le cueste”). Más aun que una lucha de clases manifiesta e institucionalizada, ese combate de clases difuso generó la energía que hizo necesaria una inversión siempre creciente en represión tecnológica (a menudo llamada “progreso”).

Fue una revolución decisiva para que me comprometiera con el proyecto Zerowork, que comenzó en los albores de la primera crisis del petróleo, en 1974.

2. El descubrimiento de las múltiples dimensiones del trabajo: desde *Wages for Housework* hasta *Midnight Notes*

Experimenté una segunda revolución conceptual cuando me puse en contacto con la obra de las feministas del “salario para el trabajo doméstico”. Demostraron que las fronteras de la clase trabajadora no estaban demarcadas por el salario y que la

explotación (y la jornada laboral) no se limitaba al ámbito del trabajo asalariado: la fábrica, la oficina, el campo. Señalaron que las personas no asalariadas, en especial las mujeres que trabajaban “en su hogar”, eran fundamentales para la generación de plusvalía pues la creación y reproducción de la fuerza de trabajo explotada “en forma directa” por el capital en las fábricas, en las oficinas y en el campo dependía primordialmente de ese otro trabajo, el doméstico. Contemplar el salario desde la perspectiva del salario para el trabajo doméstico me permitió advertir (no solo a mí; a muchos otros también) que la lucha feminista es un sector decisivo de la lucha de clases, pero fue, además, el cimiento sobre el que descansó mi comprensión de “las múltiples formas del trabajo”.

Utilizo la frase para contraponer esta nueva perspectiva a la tradicional concepción unidimensional marxiana, que describe el trabajo como un fenómeno temporal. Supone que el trabajo asalariado contratado “libremente” es el tipo predominante en una sociedad capitalista y que determina la tasa de ganancia y de explotación. En los hechos, en una sociedad capitalista hay por lo menos cuatro modalidades de trabajo, sobre ocho posibles:

(1) trabajo “libre”, legal y asalariado (paradigma: el trabajo en una línea de montaje);

(2) trabajo “libre” legal pero no asalariado (paradigma: los quehaceres domésticos);

(3) trabajo “no libre”, legal y no asalariado (paradigma: la esclavitud [*chattel slavery*]);

(4) trabajo “libre”, ilegal y asalariado (paradigma: el trabajo en un laboratorio de cocaína).

Dar cuenta de manera completa del proceso de valorización en una sociedad capitalista exigiría integrar por lo menos esas dimensiones a la multidimensionalidad del mundo del trabajo. Análogamente, para explicar la lucha de clases en general, sería necesario dar cuenta del tipo de luchas que acaecen en las múltiples formas del trabajo (que también entrañan múltiples dimensiones de lucha).

Desde luego, este enfoque multidimensional de la lucha de clases mostraba que el capital no usa solamente la jerarquía salarial para dividir a la clase trabajadora: también recurre a esas diversas dimensiones del trabajo para dividirla en distintas “especies” más profundamente aún. El mayor problema político-teórico del análisis marxista sobre el capitalismo ha sido su incapacidad para vérselas con el racismo y el sexismo, cuyas raíces no solo están en la jerarquía salarial sino en la creación de categorías sin salario (como las amas de casa y los esclavos). Así, se introducen divisiones “cualitativas” (como la raza y el género) y no solo “cuantitativas” en el seno de la clase trabajadora.

Reconocer esas múltiples dimensiones del trabajo, así como las divisiones y la descomposición que acarrearán en la clase trabajadora sirvió de fundamento a la labor que emprendí en el movimiento

Midnight Notes Collective, que comenzó a fines de la década de 1970, en pleno desarrollo de la segunda crisis energética y del movimiento antinuclear.

3. África, los zapatistas y la Internet: los comunes, los cercamientos y la lucha de clases desde “The New Enclosures” hasta *Auroras of the Zapatistas*.¹

A lo largo de toda la década de 1980, nuestras reflexiones en el colectivo Midnight Notes fueron un esfuerzo por conciliar esas dos revoluciones conceptuales. Mantuvimos nuestra peculiar versión del “marxismo vulgar”, que todavía describía la lucha de clases en términos de ganancias/salarios y hablaba de las múltiples dimensiones del trabajo en contraposición a las diversas formas de posmodernismo que, a la sazón, estaban en oferta. Pero nuevas experiencias y nuevas luchas comenzaron a ensanchar nuestro horizonte conceptual sugiriéndonos, por un lado, un nivel más profundo de conflicto que la “lucha por el salario” (por muy amplia que fuera su definición) y, por el otro, la multidimensionalidad del trabajo. La creciente represión producida en los primeros años del Gobierno de Reagan nos llevó –a mí y a mis camaradas de Midnight Notes– a los confines de la tierra y del tiempo. (En este caso, la represión sí culminó en desarrollo). Varios empezamos a

¹ El autor se refiere a las siguientes publicaciones: “The new enclosures”, *Midnight Notes* n° 10, 1990; *Midnight Notes* (comp.), *Auroras of the Zapatistas. Local & Global Struggles of the Fourth World War*, Brooklyn, N:Y.: Autonomedia, 2001. [N. de las T.]

ver que la estructura profunda de la lucha generalizada por el salario tenía dos aspectos, y así lo advertíamos en las luchas de África, de la India y de todo el continente americano, así como en la lucha por el agua en Palestina, en los movimientos de ocupas de Zúrich, Ámsterdam y Berlín, en las pugnas por mantener abiertos al público los parques y jardines urbanos de la ciudad de Nueva York.

Primer aspecto: la lucha por el salario no habría existido si no existieran trabajadores asalariados. Pero los trabajadores asalariados no son seres de la naturaleza: es necesario construirlos históricamente (como también fueron construidos los trabajadores no asalariados). No es probable que nadie que tenga acceso a los comunes —es decir, a abundantes medios de subsistencia y a una comunidad poderosa— vaya a salir en busca de un salario miserable pagado por el inevitable jefe o patrón (y mucho menos probable es que acepte la criminalización no asalariada, la esclavización o la dependencia de un salario masculino). La creación de trabajadores asalariados y no asalariados fue simultánea y se logró expulsándolos de su ámbito de subsistencia (acción que denominamos “cercamiento”). Si la relación salarial no fuera el elemento que estructura la subsistencia en la sociedad, no habría trabajadores no asalariados.

La sencilla lógica de los cercamientos está grabada “con letras de sangre y fuego” en los textos fundamentales de la tradición anticapitalista (no solo en la Sección 8 del primer volumen de *El capital*). De hecho, se puede decir que la lucha anticapitalista (cuando nos referimos con ello a la que comenzó a

librarse para impedir que el capital se convirtiera en la fuerza social dominante) se inició mucho antes de 1492, antes de la resistencia a los cercamientos, antes de la colonización, de la caza de brujas y la esclavitud, procesos que se desarrollaron desde el siglo XVI hasta el XIX. Sin embargo, en nuestros viajes comprobamos que de ninguna manera el proceso de cercamiento había terminado: el Banco Mundial y el FMI lo estaba reintroduciendo en África mediante programas de ajuste estructural que repetían el saqueo de ese continente acaecido cientos de años antes con el tráfico de esclavos y, más tarde, con el colonialismo.

Segundo aspecto: los asalariados no se han conformado con seguir siéndolo. Permanentemente, han intentado recrear entornos y redes de apoyo mutuo que les permitan no depender totalmente del salario. Han procurado rescatar medios de subsistencia y de acceso a la riqueza en los que no inter venga el salario. Cuando tienen éxito, esos proyectos les dan mayor capacidad para rechazar el trabajo y forjarse una vida más allá del capital mucho antes de que hayamos trascendido el capitalismo.

Esos dos aspectos expresan una realidad contemporánea, pero el primero apunta hacia los comienzos del capital mientras que el segundo apunta a su fin. Vemos allí otro elemento de la lucha de clases. En todas sus encarnaciones, el capital procura siempre extirpar el modo original de existir por subsistencia y se empeña en todo momento por descubrir los enclaves de subsistencia y destruirlos. Por otra parte, vigila siempre para poner vallas

a cualquier ámbito común que hayan constituido los trabajadores.

Cuando nos planteamos elegir un lenguaje que pudiera expresar la estructura profunda de la lucha que se esconde detrás del salario, no nos pareció que términos como “autonomía” o “autovalorización” fueran adecuados. Estaban demasiado impregnados de supuestos filosóficos que cuestionábamos. En cambio, los términos que empleamos –comunes y cercamientos– tenían para nosotros más poder de evocación y eran más ricos históricamente porque en ellos confluyen el marxismo, la ecología, el feminismo y las luchas indígenas y antiesclavistas (incluso la lucha contra el complejo carcelario-industrial y la pena de muerte). En *The New Enclosures*, entretejamos la última parte de *El capital* y otras hebras muy diversas: los autómatas que se autorreproducen, los obreros del papel que hacían huelga en Jay (Maine), los ocupas del Lower East Side de Nueva York y de Zúrich, la lucha palestina por el territorio y por el agua, el movimiento por la autonomía política negra en Estados Unidos, los agricultores africanos que luchan contra los programas de ajuste estructural y los lazos transatlánticos que vinculaban la lucha por las tierras comunes en Inglaterra con la abolición de la esclavitud en el continente americano.

La elección de vocabulario resultó, por lo menos, profética. Diez años después de la publicación de ese número de la revista, las expresiones “comunes” y “cercamientos” se han utilizado para describir procesos muy diversos: desde los derechos de propiedad intelectual sobre el software y el patentamiento

de genes humanos hasta la reducción del horario de las bibliotecas públicas. Y ese vocabulario también sirvió para formular una alternativa a la apoteosis liberal del mercado en la era del apocalipsis del Estado socialista.

La imagen de la lucha de clases que emerge de esa publicación es compleja. Comienza con la lucha formal por el salario (contractual, monetario y “libre”), pero la inserta en otra mucho más vasta que incluye el trabajo no asalariado (es decir, sin contrato, sin retribución monetaria o “coercitivo”) en sus múltiples dimensiones (desde el doméstico al esclavo). Por último, la lucha generalizada por el salario se amplía y se estrecha continuamente porque el capital con frecuencia hace esfuerzos genocidas por apoderarse de antiguos y nuevos comunes, por “cercarlos”, pero también se construyen comunes nuevos o se preservan los antiguos.

Esa dinámica nos permitió hablar a fines de los años ochenta de una “intifada global”, en el siguiente sentido. En la primera intifada, la guerra por la tierra como una de las facetas del conflicto quedó al desnudo para que todo el mundo la viera. Los jóvenes palestinos arrojaban piedras y los tanques israelíes los mataban, esos tanques que ocupaban su espacio físico para apoderarse de los medios de subsistencia de los palestinos, “cercarlos” (el más importante era el acceso al agua). Y los jóvenes se negaban a que el aparato de un Estado ajeno a ellos (fuera éste israelí o palestino) negociara el lugar donde vivían y que les daba sustento. Querían luchar por ese espacio común con sus propias manos. Veíamos que en todo

el planeta, la batalla contra la globalización se caracterizaba cada vez más por la defensa directa de los comunes, aunque tuviera muchas formas distintas. Y eso acontecía porque el capital mismo intensificaba el ataque contra las zonas comunes de subsistencia, antiguas y nuevas, desde los *ejidos* de México hasta las *pensiones* de los trabajadores de Europa occidental.

Por esa razón, en los años que siguieron, *Midnight Notes* dedicó tanta atención al levantamiento zapatista y el posterior movimiento contra la globalización. Los destacó porque no eran un mero combate por una negociación mejor del salario con el capital: rechazaban el mundo neoliberal que procuraba transformar todos los aspectos de la vida en mercancía y apoderarse de ellos (cualquiera fuese el nivel de los salarios). El eslogan zapatista, “Para todos todo. Para nosotros nada”, y el de los movimientos contra la globalización, “El mundo no está en venta”, expresan de manera sucinta la defensa de los comunes, contra el cercamiento a nivel planetario. Pese a todos los problemas y limitaciones de esos dos movimientos, los defendimos contra sus detractores marxistas y/o anarquistas porque los veíamos como una articulación directa con muy antiguas demandas proletarias anticapitalistas.

Todos esos movimientos no niegan la lucha por el salario, pero nos recuerdan que esta se basa en la tenacidad de los comunes naturales y sociales precapitalistas (desde la geología hasta la historia y el lenguaje) y en la construcción permanente de bienes comunes poscapitalistas (desde el ciberespacio hasta las medidas de seguridad social). Los pensa-

dores del capitalismo han sido con frecuencia muy sensibles a esos “otros” aspectos de la lucha que a menudo llaman “ideológicos”. Pero el pasado humano y de la naturaleza no es una “idea”, así como el petróleo no es una idea de los bosques primigenios. Por ejemplo, muchos guardianes del capital se disgustaron cuando en 1992 la polaridad de las imágenes de Colón y del Indígena se invirtió y cuando se reconoció que la hambruna irlandesa de la década de 1840 era consecuencia del paleoliberalismo. Semejantes enfoques hacían que la energía fosilizada de esos acontecimientos estuviera más al alcance de los trabajadores, como lo demuestra muy vívidamente el movimiento que exige reparaciones y que moviliza a personas de Chicago, Haití o Namibia.

Si el tiempo es terreno de disputa, el espacio lo es más. En la introducción a “The New Enclosures”, el colectivo Midnight Notes no cuestionó a Marx y a Engels para sumarse a la denigración del marxismo que estaba en boga en ese entonces sino por la indiferencia de estos dos teóricos a las cuestiones espaciales. Queríamos dejar en claro, por ejemplo, que, en el contexto de la lucha de clases, la tierra no es una mercancía negociable tal como parecía entenderla Engels. La tierra puede ser el fundamento de un poder que emana de su ubicación histórica o estratégica. Los pensadores del capital lo reconocen al diseñar (y destruir) ciudades, fábricas y caminos. Nos pareció entonces que era importante destacar este hecho y llamar la atención de todos los que pudieran sentirse tentados a negociar el acceso al salario a cambio de los derechos sobre la tierra.

Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la industria petrolera

Introducción

La lista de conceptos fundamentales necesarios para comprender el papel de la industria petrolera en la reproducción del sistema capitalista comienza con la noción de Valor.

Al igual que la mayoría de los capitalistas, los propietarios de la industria petrolera tienen un interés vital en el valor. Ahora bien, ¿qué es el valor? Sin duda, no es una sustancia física, tampoco una cualidad o magnitud que tenga que ver con lo que es útil o con lo que Marx llamaba “valor de uso”. Los capitalistas no invierten para producir mercancías con el objetivo de satisfacer las necesidades de otros, ya sea que esas necesidades broten “del estómago o de la fantasía” (Marx, 1946, vol. I, Cap. I). Entonces, ¿qué quieren los capitalistas?

Una respuesta adecuada debe ser histórica y exige que retornemos a los comienzos de la sofisticada autorreflexión de la sociedad capitalista. Podemos situar esos orígenes en muchos países, en diversos períodos históricos y en distintos pensadores (por ejemplo, Locke en Londres a finales del siglo XVII o Leibniz a principios del siglo XVIII, tal vez en Hanover), pero es mucho más probable que la cuna de esa reflexión haya estado en las Tierras Bajas de Escocia (entre Edimburgo y Glasgow) a comienzos

del siglo XVIII. Así lo expresaba el título mismo en un libro de gran circulación: *How the Scots Invented the Modern World* [Cómo los escoceses inventaron el mundo moderno] (Herman, 2001).

Entre los diversos textos escritos por los intelectuales escoceses que pretendían aportar estrategias para resolver los problemas fundamentales del Imperio británico, hay uno fundacional en ese período: el *Tratado de la naturaleza humana*, de David Hume. Como bien dice Arthur Herman: en esa obra está “el germen de una nueva perspectiva filosófica para Occidente” (Herman 2001: 200). Hume reconoce que en su época se había producido una honda transformación de las categorías empleadas para describir las interacciones sociales; decía que hay una diferencia profunda entre Hecho y Valor.

En primer lugar, hay una diferencia profunda entre las cuestiones de hecho, las relaciones lógicas de las ideas y los juicios morales. Las expresiones que entrañan valor (“bien”, “vicio”, “virtud”, “mejor”, “peor”, “justo”, “tendría que” y “no tendría que”, “debe” y “no debe”, “vale”, etc.) no se expresan mediante “las cópulas habituales de las proposiciones: *es* y *no es*” (Hume 1992: 633). Hume señala que la mayoría de los textos sobre el bien o lo que debe hacerse comienzan con “las cópulas habituales”, pero que el moralista común desliza luego de contrabando las expresiones “debe” [*ought*] y “no debe” [*ought not*], como si no introdujera nada nuevo. Pero, como irónicamente dice después Hume apelando a la moral de los autores (con la expresión “que esta sea observada”, que ahora mete él de contrabando):

[...] en cuanto que este debe o no debe expresar alguna nueva relación o afirmación, es necesario que esta sea observada y explicada y que al mismo tiempo se dé razón de algo que parece absolutamente inconcebible, a saber: cómo es posible que esta nueva relación se deduzca de otras totalmente diferentes. (Hume, 1992: 634)

Con el tiempo, Hume se convirtió en el profeta burgués de un universo natural y social que en sí mismo se iba transformando en algo sin valores. Fue uno de los primeros en vislumbrar que la tierra no era un escenario en el que se desplegaban ciertos valores en conflicto sino un paisaje lunar moralmente desnudo. Los valores solo aparecieron con la naturaleza humana. Hume compartía esa visión con los notables de la llamada Ilustración Escocesa, en especial con Adam Smith.

Planteó un conjunto de problemas que tardaron un siglo en comenzar a resolverse (algunos, como su escepticismo causal y sus preguntas sobre la inducción y los milagros siguen aún sin respuesta). Pues apenas se abre el abismo planteado por Hume entre hechos y valores, surge un nuevo interrogante: ahora que reconocemos esa brecha, ¿cómo se incorporan los valores a un mundo de hechos? ¿Cómo se infiltra el “se debe” en el “es”? ¿Cómo afecta el Valor de Cambio la presencia física y tecnológica de una mercancía? La ciencia física experimental ha logrado dar cuenta del mundo de los hechos, pero ¿puede haber una “ciencia experimental” igualmente eficaz

para el mundo de los valores? Eran preguntas de suma importancia porque, aunque en el siglo XVIII el mundo en sí se iba transformando en algo sin valores, el avance del capitalismo como sistema dominante de reproducción social inundaba la vida cotidiana con las mercancías y su valor de cambio, en especial esa mercancía de suprema cualidad metafísica: la fuerza de trabajo.

La “solución” que ofreció Hume consistió en apelar a un sentido moral cuyas raíces eran el placer y el dolor. Así como la física de su época distinguía las cualidades primarias (como la masa y el movimiento, cuya existencia no depende de alguien que las perciba) y cualidades secundarias (como los colores o el calor, que cobran existencia solo si hay alguien que los perciba), Hume argumentó que las cualidades morales no eran cuestiones de hecho ni relaciones lógicas de ideas, que se parecían a las cualidades secundarias del mundo físico. No existe acción alguna, ni siquiera la más detestable, que por sí misma exija el rótulo de “mala” (o “buena”). Son calificativos que solo puede aplicar alguien que siente recelo al ver la acción, del mismo modo en que el color solo cobra existencia cuando alguien lo ve. Y Hume subrayó: “La moralidad es, pues, más propiamente sentida que juzgada” (Hume 1992: 635).

Una vez que la transformación (de juzgar a sentir) se ha llevado a cabo, es posible estudiar científicamente los valores. El joven Hume escribió con pasión:

Por consiguiente, el vicio y la virtud pueden compararse con los sonidos, colores, calor y frío, que, según la moderna filosofía, no son cualidades en los objetos, sino percepciones en la mente. Y lo mismo que en física, este descubrimiento en moral tiene que ser considerado como un progreso importante en las ciencias especulativas, aunque –igual que el otro descubrimiento en física– tenga poca o ninguna influencia en la práctica (Hume 1992: 633).

Al proyecto que así lanzaba, Hume le dio el nombre de “ciencia experimental de la moral”, sistema de pensamiento que durante todo el siglo XVIII “dominó [...] la filosofía y la historiografía británicas, y también ayudó a afianzar una ciencia novedosa por ese entonces: la economía política” (Poovey 1998: 174).

Aunque en sus comienzos la nueva ciencia de los valores se basaba en los sentimientos que movían a los seres humanos, hacia finales del siglo XVIII, el fundamento de la economía política era la creación de valor. Pues el interrogante crucial de la nueva ciencia moral no es la antigua pregunta estática “¿Qué es el Bien?”, que entraña un juicio e implica que el bien ya está en el objeto o la acción; el interrogante pasó a ser dinámico: “¿cómo se crea el bien?” La creación es un proceso cuyo propósito es traer algo nuevo al mundo. Tiene un tenor semidivino. Así como el proceso de producción crea objetos útiles, el proceso de trabajo crea simultáneamente valor de cambio.

Por consiguiente, la expresión “creación de valor” implica que valores como el bien o el valor de

cambio no son inherentes a un objeto o una acción: son cualidades creadas por un sujeto. Los valores no vienen ya “confeccionados” desde el firmamento de las ideas (o desde el firmamento tout court); los seres humanos los construyen en la tierra. Entonces, ¿en qué consiste esa maravillosa capacidad de crear valores nuevos? El valor que ocupó el centro de este análisis sobre la creación es el valor de cambio creado por el trabajo humano.

Adam Smith, que a veces oficiaba de amanuense de Hume, publicó en 1776 su *Investigación sobre la naturaleza y las causas de la riqueza de las naciones* y ya entonces entendía que la fuente creadora del valor de cambio era el trabajo social. Ronald Meek interpretó de este modo la “teoría del valor-trabajo” expuesta por Smith:

En esencia, el intercambio de mercancías es el intercambio de actividades sociales. La relación de valor entre mercancías que se pone de manifiesto en el acto de intercambio es, en realidad, el reflejo de una relación entre los hombres en la producción. El valor [...] es una relación social (Meek 1956: 62).

Los capitalistas desean objetificar la fuerza creadora del trabajo porque, si bien el trabajo en sí mismo no tiene valor, paradójicamente es la única fuente de valor en el universo, así como el pintor retratista no es el retrato que pinta, ni siquiera en el caso de un autorretrato. El interés de la Teoría del Valor-Trabajo proviene de dos vertientes: de las singulares

propiedades del trabajo humano (su creatividad, su capacidad para rechazar la compulsión externa, capacidad que recibe el nombre de “libertad”) y de la fuerza de trabajo (la diversidad casi infinita de tareas en las que se puede emplear, su capacidad de rehusarse a una compulsión puramente externa para que se transforme de modo automático en una cantidad y calidad específica de trabajo).

De ahí que, por un lado, el capitalismo sea un sistema “humanístico” pues solo el trabajo humano (y no el movimiento del animal o la máquina) puede crear aquello que valora y que, por el otro lado, sea un sistema sumamente “inhumano” porque ha matado a millones de personas para convencer al resto de la humanidad de que no hay más alternativa que crear valor para ese sistema.

Resulta irónico que, en los años posteriores a la publicación de *La riqueza de las naciones*, la teoría del valor-trabajo se haya transformado en el fundamento de la “economía política”. Digo que es irónico porque esa teoría confiere a los trabajadores el nada envidiable “privilegio” de ser la única fuente de valor. También les da derecho a reivindicar la totalidad del sistema que se apoya en su creación de trabajo y en ciertos principios elementales de ecuanimidad. Al fin y al cabo, ¿por qué razón los creadores de todo el valor en la sociedad capitalista habrían de estar mal nutridos, endeudados de por vida y vestidos con harapos mientras los empleadores viven en el lujo? Preguntas acuciantes, especialmente en un período en que los trabajadores las planteaban sin intermediarios, con armas en la

mano para enfrentar los cañones, como sucedió en la Comuna de París en 1871.

Para los guardianes del sistema y los teóricos del valor, este agujero negro político-moral se volvió cada vez más problemático en el siglo XIX. La solución para los teóricos procapitalistas que, según Marx, practicaban la “economía vulgar” (Marx, 1976: 174-175) fue introducir nuevos “creadores de valor” para deslucir los amenazadores argumentos de los obreros sobre la ecuanimidad. Los anticapitalistas como Marx iniciaron una transvaloración, por así decirlo, de los valores de cambio: en lugar de glorificar la creatividad del trabajo, se embarcaron en una indagación reflexiva sobre el valor de cambio y la plusvalía, y mostraron que hablar del “precio del trabajo” es algo tan irracional como lo sería hablar de “logaritmos amarillos” [(Marx 1976: 125), (Marx 1966:818)] o de un “número primo verde”. Después de todo, era necesario que los trabajadores reconocieran esa creatividad y luego hicieran una aguda crítica de ella porque era la traicionera fuente de poder de sus opresores. ¿De qué vale, entonces, apreciar el valor de las mercancías o de qué vale apreciar las mercancías por su valor? De suerte que, en la revolución comunista, la limpieza de la basura histórico-social de conceptos, instituciones y estados burgueses ha de incluir incluso la noción de “creatividad del trabajo”. La “crítica de la economía política” (subtítulo de *El capital*) que hace Marx constituye la totalización del valor en todo el universo social y, a la vez, la evaluación negativa de ese valor. Por eso mismo, cuando se sumergen por primera vez

en la teoría de Marx, muchos sienten al comienzo una suerte de exaltación conceptual y política, y luego experimentan vértigo. Una buena preparación para deslizarse en el laberinto de *El capital* es contemplar cara a cara al Minotauro que allí se encierra. Para usar otra metáfora clásica, la teoría de Marx nos ofrece, como quería Arquímedes, un punto de apoyo para mover el mundo del Capital. Pero debemos asomarnos al laberinto con cautela porque nos muestra la compleja maquinaria de sombras que el capital necesita para sobrevivir.

Un ejemplo excelente de ese vértigo que acabo de mentar y al cual volveremos una y otra vez es la sensación que tenemos cuando descubrimos por primera vez uno de los grandes secretos del capitalismo: que el valor total de una mercancía no siempre es igual a su precio de producción. En el caso de muchas mercancías, el precio incluye por lo menos un factor adicional además del valor creado y determinado por el trabajo socialmente necesario para su producción: el valor de transformación. El sistema exige a cada capitalista según cómo este explote a los trabajadores, y a cada uno le otorga según su inversión.

El valor es el fundamento de un “universo paralelo”, rasgo característico del capitalismo. Y es así porque a todo producto útil le corresponde una cifra en el registro universal de los valores (¡que puede ser cero!).

El valor es un espejo del mundo de las mercancías físicas y puede codificar todas las cosas que hay en él, como sucede en la metafísica de Spinoza, en la cual las ideas y los cuerpos tienen un desenvolvimiento

paralelo, interreferencial. Por esa razón, en el capitalismo el conocimiento tiene una forma esencialmente esquizoide: por un lado, la modalidad del valor y, por el otro lado, la modalidad física y tecnológica. Deberíamos condenar esta esquizofrenia, como lo hace Jason W. Moore en su libro *El capitalismo en la trama de la vida*, y emprender un combate conceptual y práctico contra ella, pero debemos saber que esta enfermedad mental/emocional está inscrita en el ADN del capitalismo y no es posible superarla con buena voluntad: solo es posible hacerlo poniendo fin al sistema (Jason W. Moore, *Traficantes de sueños*, 2021).

Decir que hay un permanente ir y venir entre las cosas físicas/útiles y el valor es una gran verdad en el caso del petróleo. El carácter cuasi-mágico del petróleo, similar al que tenía el oro en la imaginación de los seres humanos del siglo XVIII, proviene de su condición dual: su aspecto práctico de mercancía fundamental para el sistema de producción de mercancías y de explotación del trabajo, y su aspecto teóricamente anómalo dentro del sistema.

Glosario de términos

Hacia el final de su vida Marx emprendió un estudio muy serio de las matemáticas superiores. Tenía dos objetivos: expresar en forma algebraica las leyes económicas que había enunciado en *El capital* y estudiar algunas modalidades de argumentación del análisis matemático desde el punto de vista de la dialéctica.

Paul Laberene, “Mathematics and Marxism”

A fin de evaluar mejor la capacidad del marxismo para explicar los mecanismos de la industria petrolera, voy a pasar revista a cada una de las principales categorías de la teoría marxista y esbozar su aplicación a la industria del petróleo. Para interpretar como corresponde el papel que desempeña esta industria en la lucha de clases del siglo XXI, es necesario “estirar” las categorías, tal como Fanon dijo que había que “estirarlas” para comprender el colonialismo.

La medida del valor: el tiempo de trabajo socialmente necesario

Marx reconoció que el capitalismo es un sistema que descansa sobre transformaciones matemáticas del valor. Aunque a menudo se producen en la cultura capitalista sublevaciones contra los números —recordemos, por ejemplo, el secular clamor de los románticos en su crítica al capital: “no soy una cifra”—, los capitalistas siempre vuelven a vomitar números. Ahora bien, ¿cómo asignar números a una mercancía? Puesto que la sustancia del valor se genera con el trabajo, el valor de una mercancía deberá medirse mediante algún aspecto matemático del trabajo. Marx llegó a la conclusión de que la dimensión que mejor permite medir el trabajo es el tiempo, medible en el trabajo vivo y también en el trabajo muerto. Acerca de esa propuesta de medición, hay que hacer una importante reserva porque el tiempo que se emplea en ese cálculo no es el tiempo del reloj. El patrón para medir el valor de una mercancía es el

tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla, es decir, el tiempo de trabajo requerido para producir esa mercancía en las condiciones laborales y tecnológicas medias vigentes en determinado período de producción. Hacemos esta aclaración para salir al cruce de las objeciones inmediatas que pueden surgir ante la definición que dimos: si la medida propuesta fuera el tiempo de trabajo *tout court*, el valor generado por el “saboteador” que abiertamente trabaja a desgano sería mayor que el generado por el más eficiente adicto al trabajo.

En otras palabras, la expresión “tiempo de trabajo socialmente necesario” es confusa porque el tiempo medio de trabajo para la producción de una mercancía no es precisamente necesario. Por otra parte, la expresión “tiempo medio” no indica con claridad el supuesto de que estamos lidiando con normas.

Dados estos errores de denominación, hace relativamente poco que se ha determinado la existencia del valor del petróleo, es decir, del tiempo de trabajo *globalmente* necesario para producirlo.

Capital variable (v)

Desde la perspectiva de los trabajadores, su salario es el valor de cambio necesario para conservar con vida su fuerza de trabajo vivo. Marx tenía una fórmula para determinar en qué consiste el valor de la fuerza de trabajo: “[...] el valor de la fuerza de trabajo es el valor de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia de su poseedor” (Marx, *El capital*, vol. I, Sección Segunda, Cap. IV, 3). Después

de la revolución conceptual que desató el movimiento feminista, en especial quienes integraban el grupo Wages for Housework, sabemos hoy que en esa definición Marx pasó por alto algo muy importante. El movimiento feminista superó esa laguna e introdujo una innovación de importancia en la teoría marxista del valor (Federici 2013; Dalla Costa 1972). Pues el valor de la fuerza de trabajo no debería incluir solamente el valor total de las mercancías que hacen posible la subsistencia del trabajador, así como las necesarias para sus reemplazantes (es decir, sus hijos); debería incluir también el valor del trabajo reproductivo no remunerado para la renovación diaria y generacional del trabajo (que hasta el día de hoy realizan principalmente las mujeres). Si los argumentos por la equidad tuvieran algo de peso en el ámbito de la lucha de clases, se exigiría al capitalista que retribuyera ese trabajo reproductivo (Dalla Costa 1975; Federici, 2012). Por lo tanto, el proletariado productor de petróleo no está formado solamente por los obreros de los pozos, los conductores de los camiones-cisterna y los trabajadores de las refinerías: incluye también a todas las personas (algunas remuneradas y otras no) que trabajan para la reproducción de esos trabajadores asalariados.

Desde la perspectiva de los capitalistas, los salarios que pagan a sus trabajadores son engañosos porque los contratan por cierto período o para cierta tarea, ocultando el hecho de que el período contractual de trabajo fue concebido para que excediera el tiempo de trabajo necesario para generar el equivalente del valor de la fuerza de trabajo. Esa es una de

las fuentes primarias de plusvalía. No obstante, hay una necesidad ineludible: el capital que debe invertirse para transformar la fuerza de trabajo en trabajo que crea valor. Ese capital es variable porque el trabajo que alega comprar puede generar en el proceso de valorización más o menos valor dependiendo de muchas variables, muy en especial de la dinámica de la lucha en el lugar de trabajo. Desde luego, el capitalista está convencido de que la transformación de la fuerza de trabajo (potencialidad) en trabajo (realidad) por parte de sus trabajadores debe ser un proceso terso, sin resistencias, previsible. Desde su punto de vista, él compró el trabajo (no la fuerza de trabajo) durante un lapso determinado (y preciso), de acuerdo con el convenio salarial y eso significa para él que el trabajador trabajará durante cierto número de horas con determinada intensidad siguiendo un plan previo..., “cualquier otra cosa es un robo”, dice el señor o la señora Capital. Ocurre, sin embargo, que la transición de la fuerza de trabajo a trabajo nunca es un proceso terso, sin resistencias y previsible. Si bien el valor necesario para comprar la fuerza de trabajo está claro, el valor “excedente” o plusvalor que se genera en el proceso varía continuamente debido a las “circunstancias”, entre ellas la negativa de los trabajadores a transformarse en máquinas para provecho del patrón. Pues los trabajadores saben que la relación de empleo les “roba” tiempo de vida y poder creativo. Y en un duelo entre ladrones, sólo gana el más poderoso.

Los salarios de los trabajadores del petróleo (o el capital variable que los capitalistas pagan a los tra-

bajadores por su reproducción) casi no se discute mientras que en todas las otras industrias las luchas por el salario son evidentemente decisivas para la suerte de esos trabajadores. Sin duda, las luchas por los salarios afectaron al capital petrolero y, en ciertas épocas, al capitalismo en su totalidad. Los trabajadores petroleros pudieron imponer salarios más altos por la posición estratégica que ocupan en la economía de la mayoría de los países productores de crudo (al menos los que trabajan directamente en los yacimientos, los oleoductos y las refinerías, ya sea en tierra o mar adentro). Toby Shelly comenta en su libro *Oil: Politics, Poverty & the Planet*:

Lo cierto es que dentro de la clase trabajadora local, la mano de obra primordial [...] constituye una pequeña elite bien remunerada, capaz de paralizar las principales fuentes de ingresos del Gobierno” (Shelly 2005: 75).

Muy bien remunerada, como se puede ver en Estados Unidos, donde el salario promedio de los trabajadores petroleros era de 124.000 dólares¹ en 2012 mientras que el salario promedio general de todos los trabajadores era de 44.321 dólares. Es decir que los salarios del gremio petrolero triplicaban casi los del resto de la clase trabajadora. Con todo, los salarios de este gremio en Estados Unidos ocupan uno de los últimos lugares en comparación con los

1 En Estados Unidos se habla del salario promedio anual. [N. de las T.]

del mismo gremio en otros países: de hecho están en el 21° lugar en la muestra de países que analizó Helman pues el salario promedio es de 142.000 dólares (Helman 2013). Por ejemplo, en Australia, la razón entre el salario medio del trabajador petrolero y el salario promedio general es 4:1; en Rusia es 12,54:1; en México 18,06:1, en Brasil 14,03:1 y en Noruega 4,0:1.

Sin embargo, el capital variable que se paga a los trabajadores a fin de que compren los productos necesarios para reproducir su fuerza de trabajo es solamente una parte del tiempo total de trabajo invertido en su reproducción. Como ya hemos mencionado, Marx nunca tuvo en cuenta el trabajo en gran parte no asalariado y realizado por mujeres que se invierte en producir (generacionalmente) y reproducir (cotidianamente) la fuerza de trabajo que los capitalistas necesitan para generar plusvalía. Desde luego, los capitalistas se apropian de esa plusvalía “a espaldas de sus trabajadores”, aunque para quien hace el trabajo reproductivo no hay en ello ningún misterio.

En parte, la poca atención que se presta a los salarios del gremio petrolero se debe a que, en Estados Unidos no hay huelgas en esa industria, sobre todo en los últimos tiempos. En el período inicial de explotación petrolera, en del siglo XIX, tampoco hubo huelgas de importancia en el sector, pese a que los obreros que trabajaban en pozos exploratorios tenían salarios bajos, padecían condiciones laborales peligrosas y estaban aislados socialmente por la distancia que separaba su hogar de los yacimientos. La primera huelga de importancia fue convocada en

1917 y no hubo otra de magnitud similar hasta la gran ola de huelgas de 1945. Después de muchos años, estalló otra huelga significativa en 1980, seguida por un largo período de quietud formal que terminó con una huelga en las refinerías que abarcó todo el país desde el 1° de febrero de 2015 hasta el 12 de marzo del mismo año.

Un breve análisis de las huelgas en la industria petrolera nos demuestra que no hubo muchas acciones manifiestas si se compara el sector del petróleo con el de su primo, el carbón. En la historia y en el cancionero se han celebrado las numerosas hazañas de los mineros en la lucha de clases que han mantenido durante mucho tiempo. ¿Cuál es la causa de esta diferencia radical entre estos dos gremios? ¿Por qué razón el disciplinamiento salarial que provocó buena parte de las huelgas en el sector carbonífero no ocupa un lugar central para los trabajadores del petróleo? Vislumbramos la primera revelación que nos brinda la perspectiva marxista respondiendo esta pregunta: Cuanto mayor es el capital comprometido en el trabajo del obrero, menor es el impacto de la cuantía de su salario en las utilidades de la empresa. En la sección sobre la “transformación de la plusvalía en ganancia” veremos el por qué de esta especie de máxima.

Comprobamos que en este caso la máxima es aplicable cuando observamos la diferencia entre la cantidad de capital que maneja el trabajador medio del petróleo (y del gas) y la cantidad de capital comprometido en el trabajo del minero promedio. Según las estadísticas de Heiner Schultz (citadas en Ross

2012: 46), el trabajador contemporáneo de la industria del petróleo y del gas maneja equipos con un valor medio de 3,25 millones de dólares mientras que un minero trabaja en promedio con equipos de 0,75 millones de dólares. En otras palabras: el trabajador petrolero tiene en sus manos un capital cuatro veces mayor que el minero del carbón. La cuantía del salario (“capital variable” desde la perspectiva capitalista) en el sector petrolero no tiene un impacto tan grande en las ganancias de la empresa. En cambio, en las minas de carbón, cuyo uso de la mano de obra es más intensivo, la ganancia es mucho más sensible a la plusvalía creada (o negada). De allí que los capitalistas dueños de minas de carbón estén más dispuestos a resistir las demandas de los trabajadores, con todo lo que ello implica (en especial, el uso de la violencia estatal).

Los propietarios de la empresa petrolera no querrían que se pierda la disciplina laboral (la tentación de sabotear crece cuando los trabajadores están rodeados de maquinarias que contienen un fluido cuya temperatura promedio de combustión espontánea es de unos 400° C, mientras que la temperatura de combustión espontánea de un fósforo común está comprendida entre 315 y 425° C). La continuidad de las operaciones también es vulnerable en otro sentido: el proceso desde el yacimiento hasta la estación de servicio o la planta química es un flujo ininterrumpido.

Llegamos así a otra revelación, por así decirlo, que aporta el enfoque marxista: todo lo que acabamos de describir ocurre “a espaldas” de la mayoría

de los capitalistas y trabajadores que contemplan la situación desde una perspectiva monádica estrecha. Sin embargo, los grandes capitalistas petroleros, como los Rockefeller en la primera mitad del siglo XX y los hermanos Koch en los últimos cincuenta años, comprendieron claramente que la ganancia de sus aventuras corporativas exigía la hegemonía ideológica y práctica del modo de producción y reproducción capitalistas.

Plusvalía (s)

La plusvalía es un elemento de la lucha de clases decisivo para la existencia y los fines del capitalismo. Si no hubiera plusvalía, habría un capitalismo *sui generis* consistente en “hacer negocios” por el placer mismo de comprar y vender: ¡sería un capitalismo lúdico! La existencia de plusvalía se debe al hecho de que, dentro un ciclo de producción, el valor total creado, V , es mayor que el capital invertido, es decir, $V-v > 0$ y $V-v = s$. Desde luego, los capitalistas tienen un interés vital en la generación de tanta plusvalía como sea posible pues no creen en ninguna ley natural o religiosa que diga: “Hágase el excedente, hágase la plusvalía”. Por otra parte, históricamente, la plusvalía no es necesaria. Por supuesto, existen muchas sociedades en las que no se genera valor alguno, pero también existen períodos en los que en sociedades comunes, generadoras de valor, los trabajadorxs dejan de generar plusvalía durante un lapso más o menos largo. En la actualidad, Europa Occidental es un ejemplo de sociedad en la que hay

una enorme generación de valor con una acumulación minúscula de plusvalía.

En razón de las características excepcionales de la industria petrolera (pocos trabajadores y mucha ganancia), las utilidades de los capitalistas del sector no dependen de la plusvalía generada por sus trabajadores. En otras palabras, el valor creado en el ciclo de producción es en su mayor parte plusvalor y, por consiguiente, la cuota de plusvalía (relación entre la plusvalía y el capital variable, s/v) es muy alta. Sin embargo, dado que la fuerza de trabajo es relativamente pequeña, la masa de plusvalía es muy baja. Por esa razón, da la impresión de que las ganancias de una empresa petrolera no provienen de la plusvalía generada por sus trabajadores y, como veremos más adelante, aunque en su mayor parte las ganancias del capitalista petrolero dependen de la plusvalía creada por trabajadores, ¡los trabajadores que la generan están empleados en otras ramas de la industria!

Por esa razón también los salarios de los trabajadores del petróleo son relativamente altos, situación que se suma a las condiciones de aislamiento y riesgo que deben soportar (el petróleo es una sustancia volátil, y las plantas así como los métodos de extracción entrañan peligro). Por ejemplo, la industria del petróleo encabeza las tasas de mortalidad laboral de Texas. Así lo confirmaba un artículo del *Houston Chronicle* relativo a este tema:

Según un análisis llevado a cabo por el *Houston Chronicle* sobre los accidentes fatales registrados

durante cinco años por la Administración de Seguridad y Salud Ocupacional, en los yacimientos de gas y plataformas de perforación de Texas hubo más trabajadores muertos que en ninguna otra rama de la industria. En general, los accidentes de trabajo fatales en ese Estado han disminuido, pero no en el sector petrolero, en el que hubo 197 muertos, lo que implica un promedio de 39 por año entre 2007 y 2011. El número de fallecidos puede parecer reducido comparado con los 110.000-140.000 trabajadores empleados en la perforación y abastecimiento de los florecientes yacimientos del Estado (Wong y Olsen 2013).

Pero la tasa de mortalidad es alta, tanto en Texas como en el resto de Estados Unidos. Rebecca Burns comenta: “La probabilidad de que un trabajador del sector del gas y del petróleo tenga un accidente fatal de trabajo es seis veces superior al promedio del país. El sindicato sostiene que las horas extra y los ahorros de dinero y tiempo en los procesos aumentan los casos fatales” (Burns 2015). De hecho, dada la cuota de plusvalía (s/v) [*rate of exploitation*] relativamente alta, el blanco de las luchas en las refinerías es, sobre todo, el control del proceso laboral. Así, los trabajadores petroleros priorizan las demandas de seguridad por encima del resultado del proceso de valorización.

Capital constante (C)

El valor de una mercancía incluye el valor generado por el trabajo vivo empleado en el proceso de valorización, pero ese hecho no explica su valor total. Pues uno de los aspectos fundamentales del proceso de valorización es la transferencia del valor de las materias primas, la maquinaria y la ecología (ocupación del área y equipos para reducir la contaminación) así como del conocimiento tecnológico (derechos de propiedad intelectual, patentes, etc.). En otras palabras, el trabajo vivo toca esas cosas muertas y las “revive” y transfiere su valor a la mercancía. Marx dio el nombre de “capital constante” a ese valor transferido a la mercancía porque en el proceso de valorización no se crea ningún valor nuevo: el valor ya creado, el trabajo muerto, se transfiere a la mercancía. El proceso de valorización entraña una creación de valor y también una transferencia simultánea de valor.

De nuevo, la expresión “capital constante” no es del todo feliz porque el capital constante que se transfiere a una mercancía puede cambiar en cantidad. Si cambia el valor de la materia prima utilizada en la producción (por ejemplo, si la materia prima pierde la mitad de su valor), ese hecho afectará el valor transferido reduciendo el valor de la mercancía ya producida. Análogamente, si se inventara una máquina que pudiera producirse con la mitad del tiempo empleado para producir la generación anterior de máquinas del mismo tipo, entonces cualquier máquina más antigua que realice la misma operación

transferirá menos valor al producto (Marx, *El capital*, vol. I, Sección Tercera, capítulo VI, p. 132).

En la industria petrolera, el capital constante es una categoría fundamental. Ha habido un aumento creciente del componente tecnológico en todas las etapas de extracción, transporte y refinación y una disminución consiguiente en el número de trabajadores de todos esos sectores. No es un hecho que sorprenda porque el petróleo es una mercancía básica y hay un imperativo político para evitar que los trabajadores tengan la capacidad de detener esos procesos a fin de lograr su *telos* colectivo, ya sea con respecto a los salarios y condiciones de trabajo o con respecto a exigencias políticas más generales (por ejemplo, el movimiento para poner fin al *apartheid* en Sudáfrica o para destituir al cha en Irán). Al fin y al cabo, lo que impulsó históricamente la sustitución del carbón por petróleo fue el afán de debilitar los poderosos movimientos y organizaciones de los mineros del carbón en Europa y América del Norte. Como dice Timothy Mitchell, el poder de los trabajadores del carbón emana de su capacidad de generar y desplegar una “máquina de democracia” a partir de “las minas, los ferrocarriles, las estaciones de servicio y sus operadores. Más que un mero movimiento social, esta agencia socio-técnica fue desplegada para plantear una serie de reivindicaciones democráticas cuya implementación gradual redujo radicalmente la precariedad de la vida en las sociedades industriales” (Mitchell 2011: 27). Era una confluencia de la política y la técnica peligrosa para el capital, que fue parcialmente contrarrestada

por la “escuela de la guerra” y, sobre todo, mediante la sustitución del carbón por petróleo.

Los capitalistas no tenían el menor deseo de “volver a su vómito”² y ver ahora que los obreros del petróleo y sus organizaciones les planteaban importantes exigencias políticas. Las características físicas del petróleo en contraposición a las del carbón más la creciente sutileza política de los mismos capitalistas los encaminaron de inmediato hacia una tecnología que reducía mucho la cantidad de trabajadores. Ese fue el origen del notable aumento del capital constante en el caso de la extracción de petróleo.

Hay en la actualidad un reconocimiento generalizado de otra aplicación del capital constante: la cantidad de valor invertido en la remediación medioambiental. En los primeros decenios de la industria petrolífera había muy poca preocupación por este aspecto. Hasta la década de 1970, se consideraba que la contaminación producida por la extracción de petróleo (explosiones en pozos y refinerías, fugas en los oleoductos) no “tenía costo alguno”. Cuando la contaminación se convirtió en un costo, al cabo de mucho batallar, el medio ambiente se transformó en algo similar a la “materia prima”, cuyo valor se transfiere a la mercancía a medida que se “consume”. Recordemos los miles de millones de dólares que British Petroleum tuvo que pagar en concepto de multas por la explosión (y reparación

2 Cita del Antiguo Testamento: “Como perro que vuelve a su vómito / así es el necio que repite su necesidad”, *Proverbios* 26: 11. Versión de Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera. [N. de las T.]

de los daños producidos en el ecosistema del Golfo de México) de la plataforma semisumergible Deepwater Horizon. ¿Cómo podría categorizarse ese capital en un análisis marxista sino fuera como capital constante?

Valor total de una mercancía (V+ C + S)

El valor de una mercancía es la suma de tres valores muy diferentes entre sí. El capital constante es “trabajo muerto”, trabajo que ya no crea valor pero es transferido a la mercancía en el proceso de valorización. La transferencia de capital constante entraña una lucha implícita: el proceso no es fluido ni apacible porque se ve amenazado en incontables aspectos por el sabotaje de los trabajadores.

En cambio, v y s son valores que expresan dos facetas del “trabajo vivo”: por un lado, la tregua transitoria entre el capital y el proletariado que acepta cierta cantidad de valor por la transformación de su fuerza de trabajo en trabajo; por el otro lado, la cantidad de plusvalía que el capitalista puede hacer suya pese a la tenaz resistencia (abierta o encubierta) del trabajador. Importa advertir que v y s tienen direcciones opuestas con respecto a las clases porque v es capital que fluye hacia el trabajador como equivalente a la jornada de trabajo mientras que s es el valor originado por el trabajador que fluye hacia el capital sin siquiera un simulacro de equivalencia. Sumar implica que los términos de la suma tienen alguna cualidad común, pero en este caso los sumandos son todos valores abstractos que

enmascaran un conflicto profundo. Cada uno de los términos es producto de una lucha que, como ya fue dicho, a menudo se desenvuelve “a espaldas” de los antagonistas de clase.

No debe sorprender que el valor de una mercancía no sea su precio (de producción). Todas las aseveraciones de que los precios no reflejan los valores son verdaderas. De hecho, si el valor de una mercancía fuera idéntico a su costo de producción, ¡no existiría el capital!

Por lo tanto, la suma que constituye el valor de una mercancía es una quimera pero, aun así, gobierna el universo de las mercancías. Por otra parte, si una mercancía normal es incoherente, el petróleo *qua* mercancía es totalmente disparatado. Aparentemente, su proceso de producción casi no requiere trabajo (v y s se aproximan a cero y c es el único término con valor).

Composición orgánica (C/V)

Aunque a menudo se la olvida en las exposiciones teóricas, uno de los índices más importantes en la teoría marxista es la relación entre la composición orgánica y el valor.

La extracción, transporte y refinación de petróleo son procesos intensivos en capital (en lenguaje marxista, tienen una alta composición orgánica), exigen poco trabajo directo. Daré el ejemplo de estimaciones muy aproximadas correspondientes a la plataforma Piper Alpha del Mar del Norte, que explotó en 1988. Trabajaban allí 228 personas y el costo de

la plataforma fue de 3400 millones de dólares. Estas cifras significan que el trabajador promedio de esa plataforma era responsable de 1,5 millones de dólares en maquinaria (en dólares de 1988, que serían hoy 3 millones). En cambio, un local con franquicia de McDonald's tiene 61 empleados y vale unos 770.000 dólares: 12.000 dólares por trabajador en promedio. Evidentemente, el trabajo en McDonald's es 100 veces menos intensivo en capital. Según Heinir Schultz (citado en Ross 2012) –quien calculó la relación entre capital y trabajo para empresas estadounidenses con operaciones en el extranjero en una diversidad de industrias–, la industria petrolera en su conjunto invertía 3,25 millones de dólares por trabajador, mientras que en la industria textil esa relación era de 13.000 dólares por cabeza (la industria informática invertía más o menos el doble que la textil, es decir, un 7 % de lo que invertía el sector petrolero). Véase el Gráfico 1 de la página xx.

La industria petrolera es tan medular para el capitalismo contemporáneo porque es una industria básica y, a la vez, sumamente atípica en lo que respecta a su composición orgánica. *En muchos sentidos, en cuanto a la lucha de clases, la industria del petróleo es más pertinente que la industria informática.* Su suerte en relación con el cambio climático, el pico petrolero, la volatilidad de los precios, las guerras y tantas otras cosas indica la situación del sistema capitalista en total. En este caso, la excepción –es decir, la extraordinaria composición orgánica de esta industria– confirma la regla.

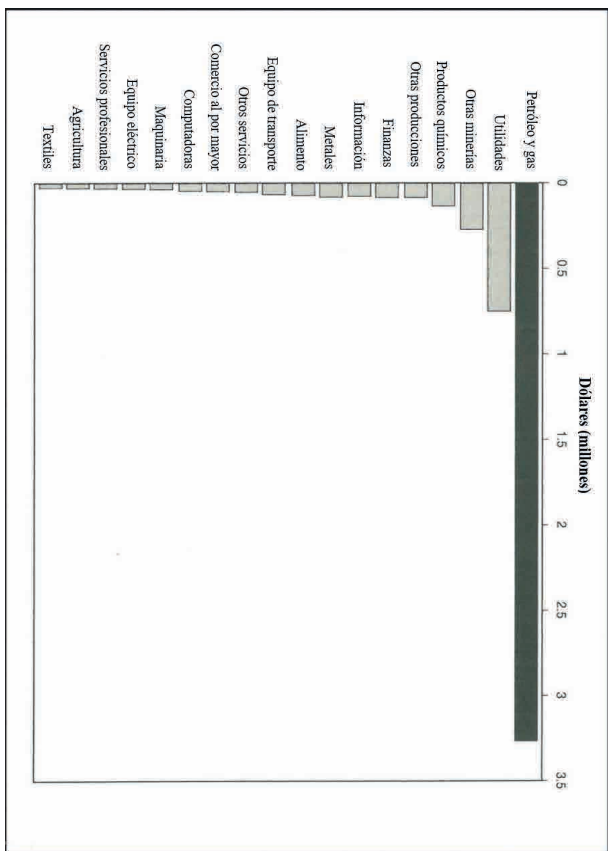


Gráfico 1. Relación entre capital y trabajo en las principales industrias. Las barras representan la cantidad de dinero (en millones de dólares estadounidenses) invertidos por empresas de Estados Unidos que operan en el extranjero (Schultz 2006)

Parece que la crítica marxista de la economía política es más productiva para describir y explicar sectores de actividad con una composición orgánica de nivel medio, es decir, en los casos en que hay más probabilidad de que el valor de las mercancías producidas sea cercano al costo de producción y en que la plusvalía s sea igual a $r(c + v)$, donde “ r ” es la tasa promedio de ganancia. La crítica marxista es menos atractiva cuando analizamos industrias de alta composición orgánica, como ocurre en el caso del petróleo, donde $s < r(c + v)$. Se observa un fenómeno similar en industrias con una composición orgánica sumamente baja, en las que predomina una situación contraintuitiva: ¡el capitalista al frente de sus propios obreros genera plusvalía para otros capitalistas!

Tasa de ganancia: $S/C + V$

Se trata de una relación compleja (en la cual cada elemento es un flujo) porque está compuesta por trabajo “vivo” (v, s) y trabajo “muerto” (c). Es importante advertir, que la tasa de ganancia es algo muy distinto de la masa de plusvalía porque es posible que la tasa de ganancia sea próxima a cero y que, sin embargo, haya generado una masa enorme de plusvalía. Pues si el denominador (el capital constante y el capital variable que se han invertido) es mayor que la masa de plusvalía creada, la razón será menor que 1, y si el denominador es mucho mayor que el numerador, la razón tenderá a cero. La lucha de clases tiene un impacto importante en la magnitud de este cociente.

La consecuencia inmediata de la mera amenaza de un triunfo de los trabajadores en ese combate, produce un incremento del capital variable (para satisfacer la demanda de mayores salarios), mientras que el esfuerzo ininterrumpido por utilizar máquinas y métodos de producción que socaven la lucha de clases produce un capital constante mayor. Por último, el resultado de la lucha contra la explotación implicaría una plusvalía menor.

Aunque Marx sostiene que la tasa de ganancia tiende a disminuir en todas las ramas de actividad, es particularmente importante en la industria petrolera. Se trata de un sector muy inestable: como su composición orgánica es tan alta, cualquier intento de contrarrestar esa tendencia a la baja es riesgoso y provoca una férrea resistencia de los trabajadores (y de la población situada en los alrededores de emplazamientos de extracción, transporte y refinación). Los factores que puede “contrarrestar” esa tendencia son, por ejemplo, una disminución del capital constante, del capital variable y una mayor plusvalía. Analicemos cada uno de esos factores por separado: 1) puede lograrse una disminución del capital constante utilizando materias primas más baratas (que, en general, tienen mayor efecto contaminante) o restringiendo el uso de maquinaria para mitigar la contaminación; 2) se puede conseguir una disminución del capital variable reduciendo los salarios, ya sea mediante engaños o mediante amenazas; por último, 3) se puede generar más plusvalía intensificando la explotación del trabajo o extendiendo la jornada laboral.

La historia de los últimos cien años podría resumirse diciendo que en ese período el capital se empeñó en poner fin o reducir esa tendencia (utilizando la violencia lisa y llana o las ciencias de control) y que, también en ese período, la clase trabajadora se negó a aceptar el papel que le asignaban de víctima sacrificial para atemperar las consecuencias de la reducción de la tasa de ganancia.

Estas son las categorías algebraicas necesarias para comprender por qué es útil la teoría marxista para explicar los puntos de inflexión de la lucha de clases y para hacer una crítica de la economía política de nuestra época. A continuación, explicaré de manera extensa ciertos conceptos no algebraicos cruciales para dar cuenta de lo que sucede en la industria petrolera: Mercancía básica; Trabajo/Energía; Transformación del valor y las diversas formas de Renta.

Mercancía básica

No es un concepto marxista, pero creo que es posible emplearlo sin contradicción. Es útil porque permite comprender por qué otra razón la clase capitalista en su conjunto está tan interesada en la industria petrolera. Se trata de una categoría fenomenológica que se identifica mediante la observación: ¿la mercancía en cuestión forma parte del proceso de producción de casi todas las mercancías (incluso de sí misma)? De ser así, los cambios en el valor de esa mercancía pueden tener un efecto muy importante en el valor de todas las otras.

En 1859, cuando comenzó su explotación, el petróleo no era una mercancía básica. Para la iluminación y la lubricación, competía en gran medida con el aceite de ballena, pero se fue transformando lentamente en una mercancía básica cuando se lo adaptó para los motores de combustión interna (después intervino en casi todos los modos de transporte de la fuerza de trabajo y del capital constante). Más tarde se convirtió en la materia prima necesaria para producir materiales plásticos y todo tipo de material sintético, al punto que la Administración de Información Energética de Estados Unidos asevera que “está presente en casi todos los objetos que usamos en la actualidad” (USEIA 2015).

Trabajo/Energía

La expresión “Trabajo/Energía” apareció por primera vez en el número 2 de *Midnight Notes*, cuyo título era: “No Future Notes: The Work/Energy Crisis and the Antinuclear Movement”. Era agosto de 1979, año en que se produjo la fusión parcial del núcleo del reactor de Three Mile Island. No se definía explícitamente esa expresión, pero se la utilizó para contrarrestar la frase que estaba en boga en los años setenta sobre el complejo que forman los inestables precios del petróleo y los perjuicios ecológicos: la crisis energética. Decía entonces *Midnight Notes*:

[...] la crisis actual no es en manera alguna una crisis energética. En cierto sentido no hubo ni habrá jamás una auténtica crisis energética por-

que, según la primera ley de la termodinámica, la energía es siempre constante. El capital no se halla frente a una crisis de energía sino ante una crisis de trabajo, una crisis en el proceso de transformación de la energía natural y la humana en energía social, en plusvalía y ganancia (p. 7)

De hecho la nueva expresión “Trabajo/Energía” solo se utiliza explícitamente en la última oración de todo el texto: “El problema que se plantea al movimiento antinuclear no consiste en aportar una solución a la crisis del trabajo/energía sino en incrementar el rechazo al futuro “alternativista” nuclear que el capital intentará implantar para sobrevivir” (p. 38).

Recién en 1980 –año en que Ronald Reagan fue elegido presidente–, en el número 3 de *Midnight Notes* “La crisis del trabajo/energía y el Apocalipsis”, se intentó llegar a una definición. Decía la revista: “El nombre adecuado para esta crisis, entonces, es ‘crisis del trabajo’ o, mejor aún, ‘crisis del trabajo/energía’”. Y luego venía el intento de definición:

El problema que enfrenta el capital no es la cantidad de trabajo en sí misma, sino la relación de ese trabajo con la energía (o fuerza de trabajo) que lo crea. El capital no es sólo un producto del trabajo. El capital es el proceso de creación del trabajo, es decir, la condición para transformar la energía en trabajo.³

3 Disponible en *En letras de sangre y fuego: trabajo, máquinas y crisis del capitalismo*, George Caffentzis, Tinta Limón, 2020. [N. de las T.]

Se trata de una razón entre dos magnitudes cuya unidad de medida es el tiempo de trabajo socialmente necesario (S y V) y otra magnitud cuya unidad de medida es el julio (J).⁴¹ El cociente en cuestión ($S + V / J$), era un intento de compatibilizar dos formas de medición dispares: las unidades científicas para cuantificar la energía y una teoría marxista ampliada del valor-trabajo.

Las unidades correspondientes a este nuevo concepto serían, por ejemplo, horas de trabajo por julio que, intuitivamente, medirían con qué eficiencia se utiliza la energía para generar valor por medio del proceso de trabajo. No hace mucho, en “¿Trabajo o Energía? Acerca de los límites de la acumulación capitalista”, definí el Trabajo/Energía como “la razón entre la cantidad de trabajo que genera plusvalía y la cantidad de energía producida por la base de recursos”.

Las crisis de Trabajo/Energía surgen cuando la tendencia tangencial es que una cantidad dada de energía produzca menos trabajo (o valor). Esas crisis llevan a transiciones en el régimen energético que incrementan el cociente Trabajo/Energía. Algunas de esas transiciones lograron su fin; por ejemplo la sustitución de ba-

4 En el Sistema Internacional de Unidades, el término “julio” (en inglés “Joule”) se define como la energía necesaria para que una fuerza constante de un newton acelere una masa de un kilogramo hasta alcanzar una velocidad de un metro por segundo. Por lo tanto, un julio es una cantidad importante de energía. Si uno se imagina empujando una masa de un kilogramo a lo largo de un metro para acelerarla, verá que esa energía es comparable con la que se necesita para lanzar una piedra grandecita contra una ventana.

ses de recursos constituidas por energía solar, eólica, hidráulica o animal por una industria alimentada con carbón (Malm 2016) o la transición del carbón al petróleo como fuente de energía (Mitchell 2012). Otras fracasaron, entre ellas la transición de la energía del petróleo a la nuclear que se planteó a mediados del siglo XX y nunca llegó a concretarse. Al hablar de “fracaso” quiero decir que, en promedio, durante los últimos diez años se construyeron tres plantas nucleares nuevas por año en todo el mundo, mientras que, entre 1975 y 1984 se construyeron veinticinco plantas nucleares nuevas cada año.

La expresión “Trabajo/Energía” no se difundió demasiado en las décadas de 1980 y 1990: aparecía sobre todo en referencias al artículo que ya mencioné, “La crisis del trabajo/energía y el Apocalipsis”. Las cosas cambiaron cuando Jason Moore publicó *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. La noción de Trabajo/Energía es medular en ese libro. Pero no es exactamente la misma que yo empleo. Moore dice:

El trabajo/energía nos ayuda a repensar el capitalismo como un conjunto de relaciones a través de las cuales la “capacidad de realizar trabajo” –por parte de naturalezas humanas y extrahumanas– se transforma en valor, entendido como tiempo de trabajo socialmente necesario (trabajo social abstracto). Se puede capitalizar el “Trabajo/Energía” (o el trabajo/energía potencial) –como fuerza de trabajo mercantilizada mediante el nexo monetario– o este puede ser apropiado a través

de medios no económicos, como el trabajo de un río, una cascada, un bosque o algunas formas de reproducción social (Moore 2020: 30).

De hecho, Moore diferencia su concepción del Trabajo/Energía de la mía con estas palabras: “la noción de trabajo/energía que yo uso abarca la lógica integral del capitalismo, que se apropia del ‘trabajo’ humano y no humano transformado en valor”. (Moore 2015: 14). Es cierto, pero mi definición es hegeliana: no incluye a los animales, el medio ambiente y las máquinas en la categoría de creadores de valor (por muy convenientes que sean para crearlo) porque no son entidades dueñas de sí capaces de introducir un elemento de negatividad en la generación de valor.

El valor transformado: su apariencia política

Pero éste es un proceso que se desarrolla a espaldas del capitalista, que él no ve, que no comprende y que en realidad no le interesa. La verdadera diferencia de magnitud entre la ganancia y la plusvalía –y no sólo entre la cuota de ganancia y la cuota de plusvalía– en las distintas ramas de producción oculta enteramente la verdadera naturaleza y el origen de la ganancia no sólo para el capitalista, interesado en engañarse desde este punto de vista, sino también para el obrero. Con la transformación de los valores en precios de producción, perdemos de vista lo que constituye la base de la determinación del valor.

Karl Marx, *El capital*, Vol. III, Sección Segunda, cap. IX

El secreto vergonzante del capitalismo es que muchas mercancías no “se venden” por una cifra que corresponda a su valor. Si todas las mercancías se vendieran por una cifra tal, en una sociedad capitalista no se producirían mercancías que tiene una gran demanda, como el petróleo, porque la finalidad de la producción en ese tipo de sociedad es conseguir ganancias. El proceso de extracción, transporte y refinación de petróleo, que casi no requiere trabajo, no generaría en forma directa una plusvalía suficiente para lograr la tasa de ganancias imprescindible para que valiera la pena invertir el capital constante y variable necesario para su producción. En consecuencia, parte del valor generado en sectores de la producción que requieren menos inversión en plantas y maquinarias (por ejemplo, la industria textil o las cadenas de restaurantes de comidas rápidas) debe transferirse mediante la competencia en el mercado a ramas de la industria como la petrolera o la nuclear, que exigen una inversión en tecnología relativa al “trabajo vivo” muy superior a la media. Ahora bien, si los capitalistas de un sector de composición orgánica muy alta obtuvieran sistemáticamente una cifra menor que la tasa general de ganancias, se desplazarían cada vez más hacia otras ramas de la industria (suponiendo que la sociedad capitalista hubiera alcanzado un “alto desarrollo” que permitiera el desplazamiento del capital de una rama de la producción a otra). En tal caso, a medida que disminuyan las inversiones en esa industria que genera una tasa de ganancias menor, la producción de la mercancía en cuestión

también declinará y la “necesidad social del valor de uso de esa mercancía provocará un aumento de su precio en el mercado hasta llevarlo al nivel correspondiente a la tasa de ganancias general. De hecho, la tasa general de ganancia condiciona el resultado, y Marx comenta “[...] por donde vuelve a demostrarse aquí que nada absolutamente puede explicarse por la relación entre la oferta y la demanda si no se expone previamente la base sobre la que descansa esta relación (Marx, *El capital*, Vol. III, Sección Segunda, Capítulo IX).

De hecho, existe una preocupación capitalista colectiva (casi comunitaria) por las industrias que a) producen mercancías utilizando un gran nivel de maquinarias y poco trabajo directo (alta composición orgánica) y b) son importantes para la producción de todas las otras mercancías o de la mayoría de ellas (Sraffa 1960). Con frecuencia, esas industrias son objeto de la máxima atención y acción por parte de la clase capitalista.

La industria petrolera cumple estas dos condiciones a la perfección, de modo que tiene el carácter de universal capitalista, como dijimos antes. Cualquier intento de llevarla adelante de manera adversa al interés capitalista general se topará con la oposición de un enorme abanico de capitalistas en todo el mundo (a principios de la década de 1970, Henry Kissinger acuñó una ingeniosa variante racista de una antigua máxima acerca de la guerra y los generales: “El petróleo es demasiado importante para que lo dejemos en manos de los árabes”). Por lo tanto, en el ámbito nacional e internacional,

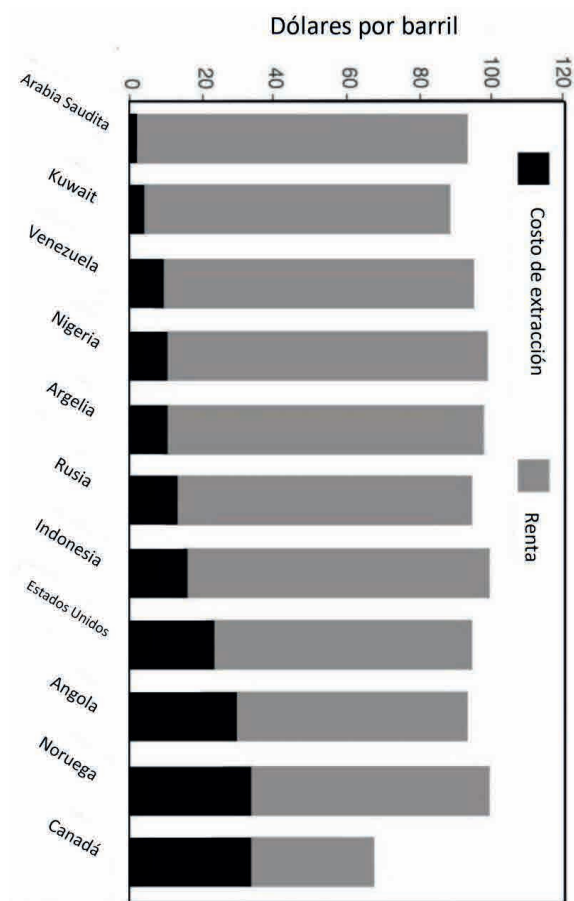


Gráfico 2. Precios del petróleo en un grupo de países en el año 2008. La altura de las barras representa el precio del petróleo exportado por cada país en enero de 2008. El segmento más oscuro indica el costo de extracción y el más claro, las rentas (Ross 2012: 36)

los capitalistas y los gobiernos controlan de cerca (y regulan) a las empresas petroleras “privadas” y los gobiernos que poseen yacimientos. Por ejemplo: no son solo las empresas petroleras norteamericanas las que tienen un interés vital en la suerte de las reservas de crudo de Irak; también están interesadas empresas de muchas otras ramas en Estados Unidos, Europa y Japón cuyas ganancias dependen asimismo de la suerte que corran esas reservas (desde la General Motors hasta la General Foods).

La clase capitalista en su conjunto está siempre dispuesta a actuar cuando algo le interesa. A veces, esas acciones son legislativas y judiciales. Por ejemplo, en EE.UU a finales del siglo XIX y principios del XX, las operaciones de la Standard Oil de Rockefeller fueron el objetivo inicial de la ley antimonopolio de Sherman (Antitrust Act, 1890) y de la decisión que tomó la Corte Suprema (1911) para desmembrar ese conglomerado. A veces, sin embargo, esas acciones pueden ser violentas y desencadenan guerras (como el ataque de Gran Bretaña al Irak perteneciente al Imperio otomano durante la Primera Guerra Mundial; o la invasión de Estados Unidos y el Reino Unido a Irak en 2003) [Cf. Fromkin 1989, Muttitt 2012].

Una medida de la alta composición orgánica de la producción petrolera es la relación entre el volumen de trabajadores con empleo directo en esas industrias y sus ventas totales.

Tuve la oportunidad de confirmar las estadísticas de esa relación con mi observación directa. Hice una visita a una instalación petrolífera situada en

los manglares del delta del Níger cuando su historia productiva estaba por alcanzar los mil millones de barriles, después de veinte años de explotación. Desde afuera, las instalaciones parecían un vehículo venido del espacio exterior que había aterrizado en los bosques de la costa oceánica de África y daban la impresión de funcionar de manera casi automática (literalmente a un metro con cincuenta del suelo). Además de algún guardia de tanto en tanto, había muy pocos trabajadores en el campo (era antes de la lucha “étnica” armada contra las empresas petroleras del Delta que estallaron después de la ejecución de Ken Saro-Wiwa). En la sala de control de toda la instalación había apenas un par de técnicos.

La ausencia relativa de trabajadores no tenía nada que ver con el emplazamiento de esas instalaciones, con el hecho de que estuvieran en África. Cuando visité en el año 2000 Aberdeen, ciudad de Escocia (y patria de David Hume y Adam Smith), la sensación de que el petróleo producido mar adentro implicaba trabajo era indiscutible porque uno podía ver en el puerto de la ciudad un bote pequeño que transportaba una cuadrilla de trabajadores a las inmensas plataformas de perforación enclavadas en el Mar del Norte.

Evidentemente, si el valor es producto del trabajo vivo, una parte ínfima del valor del petróleo se debe a la plusvalía arrancada a los obreros petroleros del Delta del Níger o del Mar del Norte, por muy explotados que estén, con tasas de ganancias (plusvalía / capital variable) próximas, tal vez, al 1000 %. ¿Dónde se origina el valor que las empresas

petroleras se apropian? La respuesta marxista es lo que crea el sistema capitalista en su conjunto, especialmente las ramas productoras de baja composición orgánica que emplean mucha mano de obra y poco capital, y que luego es transferido por la circulación a la industria petrolera. Para decirlo brevemente, pero sin tapujos: en un sistema capitalista, las industrias que emplean más trabajo generan el grueso del plusvalor y las industrias que tienen la mayor parte de capital constante se apropian de ese plusvalor. De suerte que, en cierto sentido, el proletariado que genera el valor del petróleo (aunque no produzca el crudo) comprende a la mayor parte de la clase trabajadora, asalariada o no.

Por esta razón también la industria petrolera interesa tanto al “capital colectivo” y a cualquier morador de la Casa Blanca que deba servir a su clase, se llame George W. Bush, Barack Obama o Donald Trump. Esa industria no solo extrae una mercancía básica: también recibe buena parte del trabajo excedente expropiado en todas las otras ramas de la industria. En consecuencia, desde sus mismos comienzos, fue el centro de atención de los capitalistas de todas las otras ramas industriales. Nació bajo un signo lunar; en otras palabras, está plagada de contradicciones, da origen a transformaciones evanescentes, pero los “astrólogos” del sistema la vigilan sin cesar.

Esa preocupación general se expresa en una ambivalencia política intensa. Por un lado, se acusa permanentemente a los capitalistas petroleros de prácticas monopólicas u oligopólicas. Por ejemplo,

durante casi cincuenta años, la fría y rapaz familia Rockefeller fue sinónimo de toda la industria petrolera. Por otro lado, los capitalistas del ramo siempre proclaman que se preocupan por la comercialización “sistemática” de esa mercancía vital, con miras al bien del sistema en su totalidad. Se cruza continuamente la frontera que separa la planificación de la fijación de precios, desde 1928, cuando el Acuerdo de Achnacarry entre la Shell, la Standard Oil de Nueva York y BP “fijó los precios” del petróleo, hasta las últimas decisiones del Gobierno de Estados Unidos para mantener abiertas las reservas del país o cerrarlas (Blair 1976: 54-56). Así, en la bruma esquizofrénica del capital, se ve a los directivos de la industria petrolera o bien como seres esotéricos que “fijan precios” o bien como monarcas *sui generis* que representan al sistema en su totalidad. De hecho, muchos sostienen que la industria petrolera tiene tendencia a ser algo así como un “monopolio natural”. Es decir, una empresa con una inversión enorme en costos fijos (oleoductos, refinerías, etc.), de modo que si una segunda empresa invierte cantidades igualmente enormes en costos fijos, el resultado será un aumento del precio del petróleo en lugar de una disminución, como cabría esperar de una mayor competencia. En otras palabras, a los ejecutivos de la industria petrolera les resulta imposible no violar las leyes antimonopólicas que se dicten en el planeta.

No sorprende entonces que todas las acusaciones, sospechas y preocupaciones que despertó la Standard Oil a comienzos del siglo XX y luego las

“siete hermanas”⁵ en la década de 1960 (las cuales continúan devorándose entre sí hasta el día de hoy) se hayan canalizado un decenio después hacia la OPEP, especialmente después de la ola de nacionalizaciones que se extendió por los antiguos países colonizados y que puso a las empresas nacionalizadas más cerca del control de la industria. Al día de hoy, los últimos demonios son los gestores de derivados de los fondos especulativos de inversión. Sin duda, entre los capitalistas hay una preocupación general por dónde va a parar la plusvalía generada en todo el sistema. ¿Se la invierte en la construcción de mejores oleoductos e infraestructura productiva para proveer petróleo de manera más eficiente? ¿O se la invierte, en cambio, en mejorar la alimentación de la clase trabajadora local, en la construcción de palacios más suntuosos para los gobernantes o en aumentar el armamento de grupos fundamentalistas islámicos como ISIS?

Exactamente por estas razones, tantos capitalistas “responsables” se preocupan por el comportamiento de los líderes de la OPEP pues en los últimos veinte años muchos de ellos parecen “fuera de

5 Las “siete hermanas del petróleo” es el nombre que recibieron las siete empresas petroleras privadas más grandes del mundo a mediados de los años setenta y que eran: Exxon, Mobil, SoCal, Texaco, Gulf, Royal Dutch Shell y BP. Llevaban una larga historia de cartelización de precios y acuerdos políticos cuando, en esos años, buena parte de la producción petrolera fue nacionalizada. Pueden hallarse otros detalles sobre las aventuras de estas “hermanas” en Blair 1976.

control” (desde Gadafi, Khomeini, Hussein y Chávez hasta una nueva generación que, con algunos cambios de vestuario y retórica, podría incluir también a ¡al-Bagdadi!). Los “capitalistas responsables” ya no pueden estar seguros de que la plusvalía transferida a Oriente Medio o a Venezuela para comprar petróleo se recicle responsablemente hacia los bancos de Suiza, Nueva York y Londres, como ocurría en el pasado. Es posible que sea destinado a proyectos de reforma agraria en Venezuela o a ejemplares del Corán para alguna madrasa de Kabul o a un lanzamisiles de ISIS.

Dadas estas preocupaciones, en 2003 se hizo evidente la necesidad que tenía el Gobierno de Bush por emprender la guerra contra Irak a fin de reimplantar la disciplina. Se procuraba imponer regímenes neoliberales en las naciones petroleras del norte de África y Medio Oriente por medio de favores o del terror (o de ambas cosas a la vez), a fin de preservar el sistema en su totalidad, no solo para garantizar las ganancias de Exxon (ni siquiera de Halliburton, empresa de Cheney, aunque esa habría sido una deliciosa consecuencia para el vicepresidente y su camarilla). Los regímenes neoliberales volverían a privatizar los yacimientos petrolíferos o bien permitirían y protegerían importantes inversiones extranjeras, de modo de devolver el control del proceso de extracción a “elementos responsables”. En nuestra época, eso es lo que quiere decir la política del *establishment* con eufemismos tales como “democracia” y “libertad”.

La teoría del valor y la lucha de clases

Tenemos, pues, aquí la prueba matemáticamente exacta de por qué los capitalistas, a pesar de las rencillas que les separan en el campo de la competencia, constituyen una verdadera masonería cuando se enfrentan con el conjunto de la clase obrera.

Karl Marx, *El capital*, Vol. III, Sección Segunda, Capítulo X

¿Por qué usar una teoría del valor-trabajo del siglo XIX para dar cuenta de una realidad del siglo XXI? Mi respuesta a esta pregunta polémica se basa en dos aspectos de la teoría que no es difícil enunciar:

1) En lo fundamental, el capitalismo no ha cambiado desde los tiempos de Marx. De hecho, la teoría económica estándar que hoy se enseña en las universidades parte de premisas tan “decimonónicas” como las de Marx porque en aquella época el capital cobró “conciencia” de sí mismo como totalidad. El propio término “capitalismo” fue acuñado por William Thackeray en una novela de 1854, *The Newcomes* (así como el término “comunismo” fue acuñado a principios de la década de 1840). (Linebaugh 2012: 201-213).

2) Como Harry Cleaver Jr. descubrió hace tiempo, la teoría del valor-trabajo nos da acceso inmediato a la lucha de clases pues esa teoría no plantea la lucha contra la explotación como

una “embestida” aislada contra el sistema sino como un campo de fuerzas que abarcan todo y que, bajo las restricciones impuestas por el capitalismo, configuran el destino de la humanidad.

Se puede verificar esta aseveración que tomo de Cleaver analizando la exposición que hice antes sobre la “formación de la tasa media de ganancia y la transformación del valor de las mercancías en precios (de producción)”. En cuanto al primer punto, debemos “volver al futuro”: Marx mostró la evidencia en el siglo XIX de dos procesos fundamentales, que todavía prosiguen en el siglo XXI con más violencia aún que en el siglo XX:

1) la “avidez de trabajo” del capital: la fuente de las ganancias queda enmascarada por la transformación de los valores en precios y

2) el proceso de nivelación que transforma concretamente el valor en precios de producción y la plusvalía en ganancia. (NB: la “transferencia” de valor es algo muy distinto de la “transformación” del valor en precios). (Karl Marx, *El capital*, vol. I, Sección Segunda, Capítulo X).

Después de un período en el que los teóricos vaticinaban que “el fin del trabajo” estaba próximo y que los capitalistas tenían que renunciar al trabajo como fuente de ganancias, vemos hoy que la avidez del capitalismo por el trabajo ha recrudecido e incorporado

a toda la clase trabajadora de China, India y los países otrora regidos por el Partido Comunista. En el curso de ese proceso, miles de millones de trabajadores que no formaban parte de la clase asalariada que producía para el mercado mundial se han incorporado ahora a la producción para ese mercado. Al mismo tiempo,

1) la duración de la jornada de trabajo, de la semana de trabajo y del año de trabajo asalariados, que se habían ido reduciendo en el mundo capitalista avanzado desde los tiempos de Marx, han vuelto a aumentar;

2) la migración de trabajadores que procuran hallar trabajo asalariado alcanza en nuestros días dimensiones que no se preveían en el siglo XIX; personas que emigran de toda África, Asia occidental y Sudamérica hacia Europa y América del Norte;

3) en todo el mundo (a excepción, tal vez, de algunos países islámicos), las mujeres y los niños se han incorporado a la fuerza de trabajo asalariada. Así, los hechos han demostrado que se equivocaban quienes auguraban una salida gradual del sistema capitalista por la creciente incapacidad de éste para explotar trabajadores. De hecho, expresiones características del siglo XIX, como “taller esclavista” (*sweat shop*) y “esclavitud asalariada” (*wage slavery*) han retornado a la jerga política.

Si bien la transformación del valor de las mercancías en precios hace que la relación directa entre la plusvalía y la ganancia se torne borrosa, el capital reconoce su necesidad vital de tener a su disposición cada vez más fuerza de trabajo. De hecho, como veremos más adelante, si se quiere evitar una caída abrupta de la tasa de ganancia, cuanto mayor sea la composición orgánica del capital en las ramas de la industria situadas en un extremo del sistema, más imperiosa será la necesidad de ramas intensivas en trabajo en el otro extremo. Los capitalistas de las industrias de gran composición orgánica no suelen expresar claramente esa necesidad sistémica, pero tienen conciencia de que las ganancias no provienen de su sagacidad para los negocios ni de los esfuerzos de sus trabajadores. Proviene del hecho de que prestaba “servicio” a un sistema que les transfiere valor. Sin duda, las ganancias que consiguen se deben a la competencia, con esta salvedad que Marx formula de manera contundente: “En sus cabezas la competencia proyecta también una imagen necesariamente invertida”⁶ (Marx, El capital, Vol. II, Sección Cuarta, Capítulo XVIII).

6 Citamos un fragmento algo más extenso para aclarar el razonamiento de Marx: “Las ideas de un comerciante, de un especulador de la bolsa, de un banquero, son necesariamente deformadas por completo. Las de los productores están falseadas por los actos de la circulación a que se halla sujeto su capital y por la compensación de la cuota general de ganancia. En sus cabezas proyecta también una imagen necesariamente invertida la competencia”. [N. de las T.]

El origen de esa plusvalía redistribuida no está en el proceso de nivelación general de la tasa de ganancia sino en la explotación de la totalidad de la clase trabajadora. En esta encrucijada conceptual, los capitalistas comienzan a sentirse como una clase, incluso los que son propietarios de industrias absolutamente automatizadas, sin trabajadores, ven que las ganancias provienen de la plusvalía no retribuida. Marx comenta al respecto:

[...] un capitalista que no emplease en su esfera de producción ningún capital variable ni diese, por tanto, ocupación a ningún obrero (lo que constituye, en realidad, una premisa exagerada) se hallaría tan interesado en la explotación de la clase obrera por el capital y sacaría del trabajo sobrante no retribuido su parte correspondiente de ganancia como el capitalista que (otra hipótesis absurda) sólo emplease capital variable, que por tanto invirtiese en salarios todo su capital” (Marx, *El capital*, vol. III, Sección Segunda, Capítulo X).

La explotación compartida de toda la clase trabajadora es la “argamasa social” que transforma a los capitalistas individuales en miembros de una clase (lazo similar, tal vez, al que une al conjunto de asesinos en la novela de Agatha Christie *Asesinato en el expreso de Oriente*). En palabras de Marx:

De lo dicho se desprende que cada capitalista de por sí, al igual que la totalidad de los capi-

talistas de cada esfera especial de producción, se halla interesado, no sólo por simpatía general de clase, sino directamente, por motivos económicos, en la explotación de la clase obrera en su conjunto por el capital en bloque y en el grado de esta explotación, puesto que, presuponiendo como dadas todas las demás circunstancias, entre ellas el valor del capital constante invertido en su totalidad, la cuota de ganancia media depende del grado de explotación del trabajo total por el capital total (Marx, *El Capital*, vol. III, Sección Segunda, Capítulo X).

Lo irónico y dialéctico del caso es que la generación misma de una tasa general de ganancias y la concomitante transformación de los valores en precios de producción –que originan la ceguera del capitalista ante el hecho de que la plusvalía es la fuente de ganancia– sean también el origen de un interés común que congrega a toda la clase capitalista contra las demandas de los trabajadores para que se reduzca la explotación. Esa diferencia entre los valores y los precios de producción es en realidad un territorio de pensamiento retorcido y diversos tipos de mala fe entre los capitalistas y los proletarios. Mucho es lo que se oculta y se revela en la formación de la tasa general de ganancia o, más precisamente, el ocultamiento es revelador y viceversa.

El capitalista individual (“cuya mirada no alcanza muy lejos”) sabe y no sabe que “su” ganancia depende de la explotación del trabajo en la totalidad

del sistema. Lo sabe del mismo modo en que el masón conoce algunos de los niveles rituales de la organización pero también sabe que no conoce la verdad de lo que sucede en los niveles más altos. En los niveles inferiores de la conciencia capitalista, la teoría del valor-trabajo parece radicalmente errónea, pero solo cuando uno llega a los niveles más altos, se revela atrozmente verdadera. De hecho, el elogio que hace Marx de los “economistas clásicos” como Ricardo se debe a que ellos entendían que el trabajo era la fuente del valor. Para la clase capitalista, esta identidad conceptual es problemática ideológicamente porque afirma explícitamente que la clase trabajadora es responsable de la acumulación de capital... que los capitalistas se limitan a explotarla. Dice Marx:

El gran mérito de la economía clásica consiste precisamente en haber disipado esta falsa apariencia y este engaño, esta autonomía y cristalización de los distintos elementos sociales de la riqueza entre sí, esta personificación de las cosas y esta materialización de las relaciones de producción, esta religión de la vida diaria (Marx, *El capital*, vol. III, Sección Séptima, Cap. XLVIII, III).

Así, una de las fórmulas místicas de quienes procuran aumentar la ganancia consiste en “ahorrar fuerza de trabajo” reduciendo el número de trabajadores mediante la incorporación de maquinarias o la intensificación de la jornada laboral. Marx le hace

decir al capitalista ingenuo obsesionado por la ganancia: “¿Cómo va a ser el trabajo vivo la fuente exclusiva de la ganancia si la reducción de la cantidad de trabajo necesaria para la producción no sólo no parece menoscabar la ganancia, sino que, en ciertas circunstancias, aparece incluso como fuente directa de aumento de la ganancia, al menos para el capitalista individual?” (Marx, *El capital*, vol. III, Segunda Sección, Capítulo IX). La respuesta es que el único efecto posible de la reducción del capital variable, del aumento del capital constante, o de alguna combinación de esos dos procesos es el incremento de la tasa de ganancia relativa con respecto a otras empresas del ramo, si esos cambios aumentan la productividad del trabajo. No obstante, a largo plazo, la fórmula mística se convierte en maldición cuando el resto de los capitalistas del ramo siguen los mismos pasos y todos incrementan la composición orgánica del capital hasta superar la cuota de plusvalía, de suerte que se produce un descenso de la tasa general de ganancia. Esa es la falacia de la composición orgánica en su “forma burda y carente de sentido” (Marx, *El capital*, vol. III, Segunda Sección, Capítulo IX). Más de cincuenta años después, Keynes se complacía en señalar que la misma acción que podría aumentar la ganancia de un capitalista en una rama de la producción podría también acarrear una disminución de las ganancias de todos si la totalidad de los capitalistas del ramo seguían ese ejemplo.

Sin embargo, la miopía intelectual causada por el proceso de nivelación de la ganancia no es un

fenómeno exclusivo de la clase capitalista. La mayoría de los trabajadores también tienen “una visión estrecha” y a menudo ni siquiera advierten esa “masonería” congregada en contra de ellos ni las consecuencias de ocultar que las ganancias provienen de la plusvalía. Para ellos tampoco parece haber correlación alguna entre sus salarios y las ganancias de los capitalistas, salvo en casos extremos, cuando los jefes inmediatos les imponen un régimen de trabajo intensificado contra el cual pueden organizarse. Pero en la mayor parte de los casos, los capitalistas en la franja de baja composición orgánica pueden “exhibir los libros contables” y mostrarles a los trabajadores que sus ganancias son bajas con respecto al promedio aunque la cuota de plusvalía sea tan alta como en otras ramas de la industria o aún más alta. Se quejan de los altos costos de operación, del costo de los combustibles y la electricidad, de lo que gastan en cuotas hipotecarias, seguros y otros rubros que reducen sus ganancias al extremo de que un aumento de salarios los llevaría a la bancarrota. Así, el patrón une sus lamentos a los de sus obreros y a veces propone incluso hacer causa común con ellos contra “el verdadero explotador”, quienquiera que encaje en esa categoría dentro de cada momento histórico (por ejemplo, los banqueros judíos, los intermediarios chinos, los monopolios, los burócratas del Gobierno y así sucesivamente).

Ahora bien, ¿qué sucede con la plusvalía extraída del trabajo de los obreros? Si no fueron los patrones conocidos, locales, ¿quién se la ha apropiado? Una y otra vez los movimientos de trabajadores se han

visto invadidos por respuestas falsas. Por ejemplo, los nazis respondieron esas preguntas diciéndole a la clase trabajadora de la gran depresión alemana: “¡Fue la conspiración financiera judía!”, y muchos lo creyeron. Ahora, los opinólogos le dicen al proletariado estadounidense del siglo XXI que los apropiadores son “los campeones de la seguridad social” o los partidarios de una “mayor intervención estatal”, o los terroristas del ISIS apoyados por la OPEP, y muchos lo creen. A lo largo de los siglos, de un extremo al otro de la sociedad, retumban las acusaciones que denuncian ante los trabajadores del extremo inferior del sistema que quien se apropia del valor que ellos crean es un tal X. Que una vez eliminado, el sistema volverá a retribuir el trabajo duro y honesto de manera directa y justa, de modo que las ganancias y los salarios serán altos (es decir, que se retornará a un mundo en el que predominen los valores y no los precios de producción). Pero cualquiera que comprenda lo que dicen el Capítulo IX y X del tercer volumen de El capital –“Formación de una cuota general de ganancia (cuota de ganancia media) y transformación del valor de las mercancías en precios de producción“; “Nivelación de la cuota general de ganancia por medio de la competencia. Precios comerciales y valores comerciales. Superganancia”– advertirá de inmediato que la premisa de este tipo de política –aunque comprensible– implica un camino equivocado en la lucha de clases, que termina en la insignificancia política o en algo peor.

Quien se apropia realmente de la plusvalía generada en los talleres esclavistas es el capitalista (individuo

o corporación) de alto nivel de composición orgánica –cuyo paradigma es la industria petrolera– y lo hace mediante el proceso de nivelación de la tasa o cuota de ganancia. Todo ese proceso es engañoso porque su principio es hacer justicia al trabajo muerto y permitir que domine al trabajo vivo. El fin del proceso de formación de la tasa general de ganancia exigiría el fin del capital, y punto. Ese es el secreto final de la masonería capitalista a la cual se refería Marx en el fragmento que citamos en el epígrafe. Ese secreto no es tan antiguo: comenzó a tomar forma en el origen del capitalismo, a principios del siglo XVI, y maduró en el siglo XIX. Desde entonces, no ha hecho más que expresarse de manera más o menos explícita. Marx solo alegaba hacer lo que los “economistas” no hacían, ni entonces ni ahora: “[...] captar a través de la apariencia la verdadera esencia interior y la estructura interna de este proceso” (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo IX). De modo que la “avidez de trabajo” que muestra el capital no es una perversión instigada por la codicia de los individuos capitalistas; es un impulso del sistema en su totalidad, una pulsión que proporciona la cohesión emocional y política para que la clase capitalista siga siendo una clase.

Otro proceso no superado desde el siglo XIX hasta el presente es la nivelación de la tasa de ganancia. Si es que hubo algún cambio, en el último siglo se ha avanzado de manera desigual hacia su funcionamiento óptimo. Dos son las condiciones que favorecen ese funcionamiento óptimo: (1) es más fácil transferir capital de una esfera de la producción a otra; (2) también es más fácil trasladar la fuerza de

trabajo de una esfera de producción y una localidad a otras. En la jerga actual, esas condiciones se expresan con frases como “globalización” y “sin fronteras”; en la jerga del siglo XIX se hablaba en cambio de “libre comercio” y “libre trabajo”. En estas denominaciones está presente la lucha de clases porque históricamente los trabajadores han luchado contra el “libre comercio” / la “globalización” y han reclamado, en cambio, para sí mismos “libre trabajo” y un mundo “sin fronteras” (aunque no muy a menudo para otros trabajadores). El triunfo político de quienes estaban a favor del libre movimiento de los capitales implicó ceder a la clase capitalista un poder enorme porque, frente a la lucha, puede ahora amenazar concretamente a los trabajadores con llevar los capitales a otro lugar. Por el otro lado, la capacidad para escapar de las garras del capital les da a los trabajadores una cuota de poder, aunque los trabajadores ya “afincados” combaten con frecuencia a los que se instalan o migran a zonas vecinas. Con todo, la lucha de los trabajadores ha estorbado en gran medida el proceso de nivelación.

Después de una larga época de “progreso” tendiente a lograr un régimen internacional de “libre comercio” y “libre trabajo”, en el período de entreguerras se produjo un retroceso. Los aranceles aduaneros, los controles del capital, la nacionalización del sistema bancario se transformaron en reglas (especialmente en los Estados gobernados por partidos comunistas y en las naciones poscoloniales). Podríamos reconocer que el comunismo era un intento de instalar un “freno de emergencia” para evitar que el capitalismo

se estrellara (recurso aquí a una poderosa metáfora de Walter Benjamin). En conjunto, estorbaron el flujo de capitales y las facilidades que este tenía para vincularse y desvincularse a distintas esferas de la producción en el orden internacional e interno de cada Estado. Asimismo, durante ese período se impuso el régimen de pasaportes en un país tras otro y también surgió una legislación que imponía, según la nacionalidad, distintas cuotas de inmigrantes a quienes se les permitiría obtener un trabajo asalariado. Durante toda esa época, se restringió mucho la movilidad de la fuerza de trabajo. En consecuencia, el proceso de nivelación se vio muy afectado y las tasas de ganancia para una misma rama de la industria variaban enormemente de un lugar a otro del planeta (Ropke 1942).

Al terminar la Segunda Guerra Mundial, se volvió a “progresar” hacia la utopía del proceso de nivelación. Con la elaboración del Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (GATT, por sus iniciales en inglés), la creación de acuerdos regionales de comercio (en especial, el Mercado Común Europeo), la imposición de criterios neoliberales de ajuste estructural a los países del Tercer Mundo cuando se produjo la crisis de la deuda y, por último, con la formación de la Organización Mundial de Comercio en la década de 1990, el retroceso anterior se interrumpió y el proceso de nivelación de la tasa recibió un impulso sorprendente. Hubo menos “progreso” tendiente a reducir las barreras impuestas al movimiento de los trabajadores, pero el número absoluto y relativo de inmigrantes creció abruptamente y ha llegado en la actualidad a un nivel superior al de cualquier período

anterior en la historia capitalista. En realidad, cuanto más eficaz es el proceso de nivelación en el ámbito internacional, las tasas de ganancia en distintas esferas de la producción reflejan tanto mejor los cambios en la distribución del capital en todo el planeta. De ahí, que haya un incentivo también mayor para “seguir el rumbo del dinero” desde esferas de producción de menor composición orgánica hacia las de mayor composición orgánica (sea del campo a la ciudad o desde naciones “menos desarrolladas” a otras más “avanzadas”). Por esta razón, después de la Segunda Guerra Mundial se observa un retorno a la época anterior a la Primera Guerra, cuando el proceso de nivelación de la tasa de ganancia se concebía como un aspecto de la “civilización”. Por ende, los que se cruzan en su camino son “bárbaros”. Teóricamente, ese retorno a la era previa a la Primera Guerra entraña también un regreso al “liberalismo” clásico inglés del siglo XIX, de ahí el término “neoliberalismo”.

La Renta

“Esa forma es la renta de la tierra. Constituye el único caso en el cual el capital crea un valor diferente del propio capital, de su propia producción. Tanto por su naturaleza como históricamente, el capital es el creador de la moderna propiedad de la tierra, de la renta de la tierra; por ende su acción se presenta asimismo como disolución de la vieja forma de la propiedad de la tierra. La nueva surge a consecuencia de la acción del capital sobre la vieja”.

Grundrisse, Volumen I, *El capital*

Tal como lo usaremos aquí, el término “renta” se refiere a un ingreso que recibe el propietario de cierta cantidad de tierra en retribución por el aprovechamiento de su fertilidad, de su ubicación con respecto a los mercados o de la disponibilidad y magnitud de los recursos del subsuelo que permitan producir o extraer bienes materiales que generen ganancias. No utilizaré este término para referirme al uso de la tierra en la reproducción del capital o la fuerza de trabajo (por ejemplo, su uso para construcción de viviendas o edificios) ni para referirme a su uso especulativo.

La renta era una de las principales categorías que componían los ingresos de la clase dirigente en los comienzos del capitalismo. Sin embargo, con el triunfo del capitalismo industrial, su importancia pareció disminuir, al punto que John Maynard Keynes, “salvador” teórico del capitalismo durante la Gran Depresión, auguró la eliminación de la clase de rentistas ingleses que vivían de sus derechos a percibir rentas, todavía impregnados por los efluvios de la extorsión y la violencia de sus aristocráticos progenitores (rentistas que fueron el modelo vivo de los terratenientes en todas partes del mundo hasta el día de hoy, si hemos de creer la cantidad de televidentes que tuvo Downton Abbey). Ese desdén keynesiano prosiguió en el mundo de la economía neoliberal, en el cual la “actitud rentista” constituye el pecado mortal de los timoratos que se amedrentan ante el mercado.

De todos modos, la renta sigue siendo una forma importantísima de ingresos en la sociedad capitalista

(Arneil 1996), pese a las críticas que se hacen contra los rentistas y contra la endeblez de sus argumentos como propietarios (críticas que se fundamentan en parte en una ideología productivista cuyos orígenes están en la defensa del colonialismo inglés que hizo John Locke a fines del siglo XVIII). Si el derecho de exclusión que invocan los rentistas, fundamentado en sus títulos de propiedad, menoscaba el desarrollo productivo de una industria lucrativa, entonces –según el argumento esgrimido por Locke contra los indígenas de Norteamérica– también existe de forma latente el derecho de los “más productivos” a exigir la exclusión de los “menos productivos”. Así, en la periferia de todas las reivindicaciones rentistas, siempre está al acecho una forma capitalista de “expropiar a los expropiadores [rentistas]”. No obstante, Lord Keynes y sus acólitos confundieron una pérdida de poder transitoria de la clase rentista con el comienzo de su liquidación social (Keynes 1936), tal como muchos intelectuales de fines del siglo XIX y principios del XX se equivocaron al predecir que en los comienzos del siglo XXI el capitalismo no dependería ya de la religión.

De hecho, la renta del suelo no desapareció en el siglo XX aunque la importancia de su fertilidad “natural” para la agricultura capitalista fue disminuyendo (por la aparición de fertilizantes químicos y el uso de pesticidas e insecticidas). Uno de los factores para que siguiera existiendo fue la creciente importancia de la industria petrolera para el capitalismo mundial. En los últimos cincuenta años, los grandes rentistas ya no son los presumidos condes

y duques de la Cámara de los Lores; tampoco las grandes fincas que se arriendan están en las verdes praderas inglesas. Ahora, entre los nuevos rentistas hay jeques, ayatolas y príncipes, personajes como fueron los Hussein y los Kadafi de Oriente Medio. Las propiedades que devengan las mayores rentas son enormes extensiones desérticas que encierran en el subsuelo millones de barriles de petróleo. En realidad, con la nacionalización de los recursos petrolíferos, el rentista tiene hoy un carácter “progresista”. Al fin y al cabo, Lenin y Cárdenas encabezaron estados rentistas expropiando a todas las empresas petroleras extranjeras y obligando a algunas de ellas a convertirse en meras arrendatarias. Lo mismo se puede decir de Hugo Chávez y Evo Morales. No obstante, pese a que el escenario, la fisonomía y la política de los rentistas ha cambiado, la violencia de la expropiación necesaria para generar la renta no se ha modificado.

Como puede atestiguar cualquiera de esos “inquilinos”, desde Exxon a cualquier hijo de vecino, la renta del suelo es uno de los desembolsos más irritantes. Son exacciones arbitrarias y tiránicas porque a menudo el derecho a esa renta fue obtenido por medios arbitrarios y tiránicos. En el siglo XX (desde la guerra civil posterior a la revolución en la Unión Soviética en la década de 1920, hasta las guerras de Estados Unidos contra Irak en 1991 y 2003), ese imperativo categórico originó sangrientas y enconadas luchas entre distintas clases y en el seno de una misma clase por el derecho a la renta derivada del petróleo. Pues no solo los reyes y los capitalistas

han luchado por la renta petrolera; grandes masas de personas, desde Bakú en 1920 hasta México en la década de 1930 e Irak en los años 2000, han intentado adueñarse de la renta que reivindicaban para su Estado nación, su región o su localidad. No todo terrateniente es un “lord”.

Ahora bien, si solo el trabajo humano crea valor, ¿de dónde proviene el valor de la renta? Economistas de finales del siglo XIX como J. B. Clark sostuvieron que la tierra es un “factor de producción” (como el capital y el trabajo) y que implica, entonces, un rendimiento y una renta. Sin duda, se trata de una confusión de categorías. La tierra nunca es en sí misma una mercancía, aun cuando haya en ella montañas de diamantes o playas enteras de arenas auríferas. Puede ser que en algún momento de la historia hayan convertido a la tierra (o a su doble jurídico, el título de propiedad) en una mercancía con su correspondiente valor de cambio, pero ¡no es ni nunca fue, por naturaleza, una mercancía! Como dijo Marx en su célebre “fórmula trinitaria” (una generación antes de que se formulara la teoría de las dotaciones factoriales), no hay una relación necesaria entre la tierra y la renta del suelo. La economía vulgar de su época (y la posterior) se fundamentaba en una relación irracional entre la tierra y la renta: “En primer lugar, tenemos el valor de uso tierra, que no tiene de por sí ningún valor, y el valor de cambio renta del suelo, con lo que se establece una proporción entre una relación social, considerada como una cosa, y la naturaleza, es decir, se establece una relación entre dos magnitudes inconmensurables (Marx, op. cit.,

vol. III, Sección Séptima, Capítulo XLVIII, III). Por lo tanto, no ha de sorprendernos que el origen de la renta misma esté siempre envuelto en la niebla aunque se rija por latinazgos y la protejan con cañones, cohetes y alambres de púa: no hay nada “natural” en la renta del suelo, aunque en ella converjan muy directamente el Valor y la “Naturaleza”.

Volvamos entonces sobre lo mismo: si los valores que fluyen hacia los propietarios del suelo o hacia quienes detentan derechos de renta sobre el subsuelo no provienen de la creación de valor, si no brotan de la tierra como los granos ni surgen de las profundidades como el petróleo, ¿de dónde salen?

La respuesta de Marx (qué él consideraba apropiada para los productos agrícolas y la minería) es esta: la renta es una afluencia adicional de plusvalía producida en el sistema que no se explica calculando el capital invertido en producción que hace uso de la tierra o el yacimiento más la tasa de ganancias media de ese capital. Los propietarios de la tierra expropian parte de la plusvalía a los capitalistas, quienes, a su vez, expropian la totalidad de la plusvalía a la clase trabajadora. El valor de la renta proviene de miles de lugares de explotación distintos, se transmite en el proceso de circulación y es “absorbido o capturado”⁷ por quienes “poseen” (de un modo que

7 Al glosar a Marx, Caffentzis utiliza en inglés el verbo *capture* y sus derivados. Las traducciones canónicas de *El capital* al castellano, (la de Wenceslao Roces editada por FCE y la de Pedro Scarón, editada por Siglo XXI) utilizan el verbo “absorber” y sus distintas formas en ese contexto. Dado el énfasis que Caffentzis

ni siquiera pudo justificar el más dialéctico de los filósofos, aunque lo intentó) una fuerza potencial de la naturaleza que puede transformarse en una base para la creación de valor (se trate de tierras agrícolas, caídas de agua, vetas de carbón o campos de petróleo) (Hegel 1952: 41). Como veremos más adelante, el valor se “absorbe o captura” por dos vías: a través de la renta diferencial y a través de la renta absoluta.

Es revelador el uso por parte de Marx del término “capturar”. Forma parte, sin duda, de un conjunto de términos que utilizó para describir el proceso de producción capitalista como algo turbio que no es natural, así como el vocablo “extorsión” que emplea para describir la apropiación de la plusvalía (Marx, op. cit., vol. III, Sección Primera, Capítulo 2). La utilización del verbo “capturar” en el caso de la renta implica que el dueño de la tierra no es inevitablemente el destinatario de esa plusvalía puesto que es necesario hacer algo para impedir que se le escape de las manos. En el caso de la renta absoluta, se desvía la plusvalía que debería haberse canalizado hacia el proceso de nivelación; en el caso de la renta diferencial, se desvía la plusvalía que debería haber caído en manos de los capitalistas agrícolas o mineros listos para recibirla (ellos piensan que les “corresponde”).

Por consiguiente, individual o colectivamente, los capitalistas tienen una relación ambivalente con la “propiedad fundiaria” [landed property].

pone en el vocablo elegido en inglés, hemos decidido plantear la alternativa en el texto traducido. [N. de las T.]

Colectivamente porque los terratenientes absorben o capturan la plusvalía que se habría canalizado hacia todos los que tenían capitales de composición orgánica superior a la media, y esa absorción implica una reducción de la tasa general de ganancia. Individualmente porque los terratenientes absorben la plusvalía que “debería” haber terminado en su bolsillo. Ese resentimiento contra los rentistas (que a menudo también son capitalistas) explotó, por ejemplo en Inglaterra, en las contiendas entre el “partido de la corte y el partido del campo” en el siglo XVIII, en las polémicas leyes de arancelamiento de cereales [Corn Laws] durante el siglo XIX y, en sentido más amplio, en los enfrentamientos entre nacionalistas e imperialistas en el siglo XX. No obstante, aunque “el capitalista industrial y sus portavoces teóricos, al calor de su lucha contra la propiedad territorial, denuncian como una excrecencia inútil y absurda todos aquellos aditamentos tradicionales”, [...] “la ficción jurídica por virtud de la cual diversos individuos poseen de un modo exclusivo determinadas porciones del planeta” no fue jamás cuestionada por esos mismos capitalistas (Marx, op. cit., vol. III, Sección Sexta, Capítulo XXXVII).

La razón que determina la perpetua represión del afán de expropiar al rentista (e incluso de liquidarlo) es simple pero profunda. La existencia del capitalismo depende de la expropiación primigenia y reiterada de la masa de la población sustrayéndole el control de los medios de subsistencia vinculados con la tierra. Esa expropiación se hizo y continúa haciéndose en nombre de los derechos del propietario

territorial para excluir a otros; el derecho de usar y de transferir la cosa poseída, en este caso, la tierra (Becker 1977, 18). Por muy desarrollado que sea el capitalismo y pese a que la reivindicación de la propiedad territorial surge de mil maneras diferentes en las sociedades precapitalistas planteando problemas enormes para un uso capitalista “racional” del globo, incluidos los recursos del subsuelo, siempre hay temor de afectar esa, su condición esencial de existencia. El temor del capital proviene de la sensación instintiva y apocalíptica de que si los derechos sobre la tierra se trastocan totalmente y quedan abolidos, la expropiación originaria quedará expuesta a revisión por parte de la misma masa de población (y/o sus descendientes) que padeció la expropiación de su tierra en el proceso de acumulación originaria. Más aún: podría generar una guerra civil entre quienes poseen propiedad (capitalistas y no capitalistas), que podría culminar con la destrucción de todas las clases [(Midnight Notes, 1992), (Marx 1965b: vol. III, Sección Sexta, Cap. XXXVII), (Marx 1976, Part 8)].

Si bien en el pasado la propiedad territorial desempeñó un papel importante en el capitalismo, su importancia para el capitalismo contemporáneo estriba en el papel que tiene en la industria del petróleo/energía. De todos modos, el mismo Marx se interesó en la renta del suelo, tal como se genera en la agricultura y en las minas de oro. La “primera” operación de extracción de petróleo por medio de la perforación se llevó a cabo en Pensilvania en 1859, pero Marx estaba mucho más interesado por

ese entonces en la “fiebre del oro”, como se puede observar en su *Contribución a la crítica de la economía política*, que se publicó en alemán en 1859. Por lo que sé, no analizó en sus escritos a la industria petrolera, que crecía con tanta rapidez. De hecho, tampoco dijo demasiado sobre la explotación del carbón, el hidrocarburo combustible propio del primer período de la industrialización, el de la máquina de vapor. Sin embargo, comentó: “Donde dice agricultura podríamos decir también minería, pues las leyes por que se rigen una y otra son las mismas” (Marx, op. cit., vol. III, Sección Sexta, Capítulo XXXVII). Por lo tanto, la aplicación de la teoría marxiana de la renta a la industria petrolera y energética depende de una ampliación conceptual y empírica de su “núcleo heurístico”. Ocurre que su teoría es fundamental para mi proyecto porque, como veremos, la noción de “captura” enunciada por Marx es exactamente la que mejor se ajusta a la economía política de la industria del petróleo, desde sus comienzos hasta la actualidad.

Formas de propiedad de la tierra y el subsuelo

Cultural y geográficamente, los derechos de propiedad sobre la tierra invocados para capturar la renta petrolera tienen diversas formas. Me limitaré a señalar aquí algunas de las principales categorías de propiedad que serán útiles para nuestro análisis, recordando siempre que un estudio acerca de los derechos de propiedad sobre el suelo y el subsuelo en sí mismos no constituye una teoría de la renta. Aunque los derechos de propiedad son el

instrumento principal para capturar valor, es necesario que primero el valor sea creado. Por consiguiente, esos derechos experimentan alteraciones de suma importancia cuando se traban en combate mortal con las transformaciones revolucionarias de la sociedad y la tecnología que sobrevienen en las regiones petrolíferas.

Para nuestros objetivos, las principales categorías de propiedad son dos muy corrientes, la propiedad privada y la estatal, y otra no tan conocida: la propiedad común. La historia de la industria petrolera en Estados Unidos, desde 1859 hasta nuestros días, se caracteriza por las pretensiones privadas que reclaman la propiedad de los recursos del subsuelo. La noción de que la propiedad de la superficie del suelo implicaba también derechos sobre el subsuelo proviene de la ley consuetudinaria inglesa y fue heredada por los sistemas jurídicos de las “colonias de blancos”, desde Estados Unidos y Canadá hasta Australia y Sudáfrica. Decenas de propietarios han reclamado parte de grandes yacimientos norteamericanos, a quienes las empresas extractoras arrendaron o compraron la tierra previendo la renta futura.

Esta forma de propiedad privada sobre los recursos del subsuelo ha requerido un sistema de leyes complejo, confuso y a menudo contradictorio para regular la explotación y extracción, y ha determinado una industria esquizofrénica, cuyas fuentes están enormemente descentralizadas mientras que las estructuras empresarias son monopólicas. Por un lado, la imagen del petrolero estadounidense se asocia con los personajes de las novelas sobre

el “salvaje Oeste”, rodeados siempre por la aridez, bendecidos por la Suerte y bañados por borboto- nes negros del pozo recién descubierto. Por otro lado, el icono del petrolero es otro: el adusto John D. Rockefeller, quien advirtió que la industria petro- lera no caería en sus manos apropiándose territo- rialmente de los yacimientos sino monopolizando el tránsito del petróleo hacia el mercado mediante el control de los camiones cisterna y los oleoductos.

Aunque los economistas neoliberales elogian la eficiencia del régimen de propiedad privada, su aplicación a los recursos del subsuelo, como el petróleo, ha causado una serie de prácticas “trági- cas” desde los comienzos mismos de esa industria hasta la actualidad. Si un “buscador” de petróleo independiente –es decir, alguien que realiza per- foraciones en zonas donde no hay constancia de productividad petrolera– arrienda o posee un terri- torio determinado, excavará los pozos en las franjas fronterizas a fin de desalentar las perforaciones en las propiedades linderas. De hecho, como no es fre- cuente que la tierra que cubre un extenso yacimiento sea propiedad de una sola persona o una sola em- presa, todos los participantes del sistema muestran una tendencia a perforar en exceso (perjudicando así a los propietarios de otras áreas del campo) para impedir que otros lleguen con una excavación al ya- cimiento subterráneo que ellos están explotando.

Los economistas neoliberales también procla- man que la propiedad privada es la forma más con- veniente de propiedad en la sociedad capitalista, afirmación inútil porque la forma de propiedad de

los recursos petrolíferos más difundida en el mundo al día de hoy es la propiedad estatal. Esa forma de propiedad se utilizó por primera vez en la industria del petróleo precisamente en Estados Unidos porque se descubrieron muchos yacimientos en las tierras federales expropiadas a los pueblos originarios durante las “guerras indias” que se llevaron a cabo en el Oeste. Esas tierras fueron arrendadas a empresas petroleras (y algunos dicen que otorgadas a cambio de sobornos). No obstante, el ejemplo más espectacular de propiedad estatal es el de la Unión Soviética, donde el Gobierno revolucionario nacionalizó en 1920 los yacimientos de Bakú, expropiando a las empresas extranjeras que los estaban explotando y creó una empresa petrolera estatal encargada de todas las etapas de producción del petróleo.

Desde entonces, la reivindicación de derechos sobre los recursos del subsuelo por parte del Estado se ha generalizado en todo el mundo (el llamado modelo “napoleónico”, en el que el Estado reivindica sus derechos sobre los recursos del subsuelo, se impuso al modelo “anglosajón”). Cada vez más, el Estado se ha ido transformando en un *rentier extraordinaire* que exige diversos tipos de concesiones y regalías a las empresas extractoras del propio país o del extranjero y dicta, además, el ritmo de explotación. De todos modos, la propiedad estatal no ha modificado la naturaleza de la renta. Al igual que el propietario privado (un individuo humano o una empresa), los estados también pueden capturar flujos de valor. Es más, como los aristócratas terratenientes, que pueden de-

cidir por placer estético transformar sus campos de trigo en cotos de caza, el Estado también tiene otros intereses además de la renta que pueden afectar sus decisiones sobre la extracción de petróleo (por ejemplo, puede decidir que utilizará los recursos petrolíferos de la empresa estatal para subsidiar la industria nacional fijando un precio bajo al petróleo de consumo interno, en lugar de exportarlo a un precio más alto; o puede decidir “dejar el petróleo en el subsuelo” por razones ecológicas). Pero esas decisiones se toman dentro de un marco que reconoce su “costo de oportunidad” con respecto al valor no capturado que pudieron haber absorbido si se hubieran instaurado condiciones para ello.

La propiedad común es la última forma de propiedad que nos interesa y que se ha utilizado en el ámbito de los recursos petrolíferos. Es una forma muy antigua y, a la vez, muy nueva. Al fin y al cabo, hasta hace unos miles de años apenas, los recursos del planeta eran administrados comunalmente, con sabiduría o sin ella. Desde entonces, hubo un largo período de reacción en contra de la propiedad común en la mayoría de las escuelas jurídicas, de suerte que en la actualidad ocupa una posición marginal aunque cada vez mayor. Sin embargo, tiene aún mucho prestigio en la mente de todos los pueblos pues abreva en energías latentes del pasado y el futuro. Es esa energía la que alienta las luchas de los indígenas bolivianos, de los u'we de Colombia, de los pueblos mayas y de los inuit: todos ellos creen que los productos del subsuelo deben administrarse colectivamente y algunos incluso llegan a rechazar la extracción de petró-

leo por motivos religiosos, como sucede con los uwe (Vasquez 2014).

La tradición islámica también concibe los productos del subsuelo como pertenecientes a Alá (de hecho, como propiedad común), de modo que su extracción y uso debe beneficiar a la comunidad mundial de los creyentes.

Grupos étnicos como los ijaw y los ogoni del Delta del Níger han expresado una noción similar de los recursos petrolíferos como bien común y por esa razón exigen controlar la extracción en sus territorios haciendo frente al Estado nigeriano y a corporaciones multinacionales como la Royal Dutch-Shell.

El impacto que una adaptación a gran escala de los regímenes de propiedad común podría tener sobre la absorción de las rentas petrolíferas es un asunto más problemático que el de la propiedad estatal porque la instauración de un régimen de propiedad común entraña una crítica a la mismísima renta en cuanto categoría.

En las secciones que siguen, analizaremos los dos principales conceptos en que la teoría marxista de la renta es pertinente en el caso de la industria petrolera: el concepto de renta absoluta y el de renta diferencial.

La renta absoluta: una explicación revisionista

Nos encontramos, pues, con el hecho característico, señalado ya por Fourier, de que en todos los países civilizados se sustrae siempre al cultivo una parte relativamente grande de la tierra.

(Marx, op. cit. vol. III, Capítulo XLV)

Como vemos en el epígrafe de esta sección, Marx (y Fourier) sostuvieron que en las sociedades “civilizadas” (es decir, capitalistas), hay mucha más tierra sin cultivar que en muchos países que se tildan de “no civilizados”. Esa situación se debe a que, en cualquier emprendimiento capitalista que involucre agricultura o extracción de materias primas, aun antes de arar el predio, excavar la mina o perforar el pozo, el capitalista debe arrendar la tierra o comprarla a un precio que refleja su renta potencial. Es así, incluso en el caso de las peores tierras para cultivo o para extracción del subsuelo. Marx comentó al respecto jocosamente:

En el supuesto de que la demanda exija roturar nuevas tierras, menos fértiles que las explotadas, ¿es que su propietario va a cederlas gratuitamente porque el precio comercial del producto no sea lo suficientemente alto para que la inversión de capital cubra al arrendatario el precio de producción y le deje, además, la ganancia normal? En modo alguno. No lo hará si la inversión de capital no arroja una renta para él. Jamás arrendará sus tierras si el arrendatario no le abona el canon correspondiente. (Marx, op. cit., vol. II, Capítulo XLV).

Observemos una demostración práctica de esa situación en la industria petrolera de Estados Unidos. Una y otra vez, se volvieron a explotar yacimientos que tenían más de cincuenta años porque el precio del petróleo en el mercado había aumentado.

Grandes empresas como Exxon Mobil, BP y Shell los habían abandonado muchos años antes y no tenían planes de volver a explotarlos. Esos yacimientos son un ejemplo de “tierras menos fértiles que las explotadas” que menciona Marx. En realidad, “ese petróleo no se registra como ‘reserva comprobada’ porque extraerlo no fue viable comercialmente hasta hace poco tiempo” (Carroll 2006). No obstante, las grandes corporaciones no se habían desprendido de los yacimientos. Así, cuando una empresa pequeña como Apache se propuso volver a explotar un yacimiento que era propiedad de BP, BP no lo arrendó gratuitamente ni lo cedió. Vendió el campo a Apache por 1300 millones de dólares, es decir, 22,4 dólares por barril... Con los precios actuales, el petróleo que se podría extraer de esos depósitos valdría más de 3000 millones de dólares (Carroll 2006). Evidentemente, el precio de venta correspondía a la renta que BP podría haber recogido si, en lugar de vender el yacimiento, lo hubiera concesionado.

La tierra y los yacimientos situados en los márgenes de “fertilidad” se usan y desechan continuamente según los vaivenes en el mercado de los precios del trigo o del petróleo. A su vez, esas fluctuaciones de precios dependen de una multiplicidad de condiciones y coyunturas (desde cambios en los salarios de los trabajadores hasta la liberación de impuestos o la eliminación de aranceles sobre el trigo y el petróleo importados). El concepto marxiano de renta absoluta se aplica a estas circunstancias marginales y tiene dos características principales: (1) la renta absoluta actúa como esa “potencia extraña y esa

barrera” que se opone al funcionamiento normal de la inversión capitalista en la agricultura y la extracción de petróleo; (2) la renta absoluta corresponde solamente a las mercancías producidas en condiciones de baja composición orgánica. Hago una distinción neta entre estas dos características porque sostengo que la primera es válida para la industria petrolera, pero la segunda no lo es.

En cuanto a la primera, Marx opina que la renta absoluta de una tierra pésima bloquea las inversiones en producción que permitirían alcanzar apenas la tasa general de ganancias, pero no más. Por ejemplo, un potencial inversor en Apache que contemplara la situación de los antiguos yacimientos en cuestión debe concluir que la tendencia alcista del precio del petróleo desde que Estados Unidos invadió Irak en 2003 no retrocedería hasta 20 dólares el barril. Si retrocediera, no solo no se alcanzaría la tasa media de ganancia: la renta absoluta que BP podría haber percibido por concesionar los yacimientos a Apache, pagada en el precio de venta, tampoco se habría recuperado. En este sentido, la renta absoluta es una restricción para la expansión geográfica de la producción capitalista. La renta absoluta también desempeña el papel de potencia extraña y barrera para los procesos capitalista, que tiene que ver con el “proceso de nivelación” mencionado en la sección sobre la transferencia de valor. Las ramas de la producción de baja composición orgánica han de ceder a ese proceso de nivelación el equivalente a la plusvalía generada menos la ganancia devengada. En otras palabras, la plusvalía generada es mayor

que las ganancias de las empresas del ramo. Sea c el capital constante, v el capital variable, s la plusvalía y r la tasa media de ganancia. Entonces, el monto de valor que la rama de baja composición orgánica transmite al proceso de nivelación es:

$$c + v + s - (c + v + r (c + v)) = s - r (c + v) > 0$$

Pero en las ramas de baja composición orgánica donde hay renta absoluta, el monto de valor disponible para el proceso de nivelación es reducido; en lugar de $s - r (c + v)$, es $s - r (c + v) - k$, donde “ k ” es una constante vinculada con el valor de la renta absoluta. Esa reducción, distribuida como está entre todos los bienes que dan renta (puesto que la renta absoluta forma parte de toda renta), puede ser significativa aunque los ejemplos individuales de renta absoluta “en circunstancias normales, sólo puede ser pequeña” (Marx op. cit., vol. III, Sección Sexta, Cap. XLV). El propio Marx resume su pensamiento sobre la primera característica de la renta absoluta en estos términos:

La esencia de la renta absoluta consiste, por tanto, en lo siguiente: capitales de igual magnitud invertidos en distintas ramas de producción producen, a base de la misma cuota de plusvalía o del mismo grado de explotación del trabajo, masas distintas de plusvalía según su diversa composición orgánica media. En la industria, estas masas distintas de plusvalía se compensan a base de la ganancia media y se

distribuyen por igual entre los distintos capitales como entre partes alícuotas del capital social. Pero la propiedad territorial, allí donde la producción necesita de la tierra, sea para fines agrícolas, sea para la extracción de materias primas, impide que esta compensación se efectúe respecto a los capitales invertidos en la tierra y absorbe una parte de la plusvalía, que de otro modo entraría en el juego de la compensación para formar la cuota general de ganancia (Marx, op. cit., vol. III, Cap. XLV).

En este sentido, la renta absoluta es una potencia extraña al capital como un todo (aun cuando el propietario sea una corporación capitalista como Exxon Mobil) porque no solo limita la producción capitalista sino que, además, reduce la tasa general de ganancia.

Como señala Marx en el tercer volumen del el capital, la segunda característica de la renta absoluta corresponde exclusivamente a mercancías producidas en condiciones de baja composición orgánica. En ese caso, como dijimos en la sección anterior, el valor de la mercancía sería mayor que el precio de costo o de producción. Según Marx, de esa diferencia surge la renta absoluta k pues $s - r(c + v) > k > 0$. Marx no da el dato de cuánto mayor que cero es esa cifra, pero su origen a partir de esta fórmula parece ser fundamental para él. El valor de la renta absoluta debe surgir de alguna parte porque el valor, como la energía, no se crea mediante transformaciones, pero él mismo es transformado. Marx creía que, en

este caso, su origen es esta brecha entre el valor y los precios de procesos particulares de producción. Al respecto, escribió: “[...] es indudable que en las ramas de producción en que tal ocurriese [que hubiese una baja composición orgánica] el remanente del valor de las mercancías sobre su costo de producción engendraría una ganancia excedente que podría convertirse en renta y adquirir como tal una existencia independiente de la ganancia”. Por consiguiente, continúa diciendo, el supuesto de que la renta absoluta del suelo surge solo cuando la producción o extracción es un proceso de baja composición orgánica “basta, pues, con que establezcamos la hipótesis.⁸ Al desaparecer ésta [la hipótesis], desaparece también la forma de la renta que a ella corresponde” (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XLV).

8 La hipótesis a que se refiere Marx se aclara citando lo que dice inmediatamente antes: “Si en un determinado país de producción capitalista, en Inglaterra por ejemplo, la composición orgánica del capital agrícola es más baja que la del capital social medio, es un problema que sólo puede resolverse con ayuda de la estadística y en cuyo detalle huelga para nuestros fines entrar. De todos modos, podemos afirmar como algo evidente que sólo bajo este supuesto puede el valor de los productos agrícolas ser superior a su precio de producción; es decir, que la plusvalía producida en la agricultura por un capital de determinada magnitud o, lo que es lo mismo, el trabajo sobrante puesto en acción por él y de que él puede disponer (y también, por consiguiente, el trabajo vivo empleado, en general) son siempre mayores que en un capital de la misma magnitud y de composición social media” (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XLV). [N. de las T.]

En tal caso, la segunda característica de la renta absoluta no es aplicable a la industria petrolera porque uno de sus rasgos fundamentales (como se ve en la sección sobre el valor transferido) es la alta composición orgánica que exige la extracción. Con todo, la primera característica sigue siendo válida pues en los márgenes de la producción petrolera hay una barrera rentística que solo desaparece en circunstancias excepcionales. De todos modos, no me queda claro por qué Marx opina que la única manera en que se puede canalizar el valor hacia la formación del precio total consiste en que el valor de la mercancía sea mayor que su costo de producción (es decir, que el proceso de producción sea de baja composición orgánica). Sin duda, es una manera ingeniosa de “resolver” un intrínquilis en su teoría (quiero decir que permite responder de inmediato aquella pregunta: “¿de dónde proviene el valor que constituye la renta absoluta?”) y también permite dejar en claro la diferencia entre valor y costo de producción. Pero no es un principio central de su teoría general.

La gran intuición en todo este asunto es que la renta absoluta es una “potencia extraña y una barrera” engendrada por la clase rentista que se contrapone a todos y cada uno de los capitalistas, por ende, a la clase capitalista en su totalidad. Como Marx señala al comienzo del capítulo correspondiente, la renta absoluta está incorporada en todas las reivindicaciones de renta (no es una cantidad particular, definida por una situación determinada, como veremos que sí lo es la renta diferencial). Al

respecto, dice: “En efecto, el precio del producto agrícola de la clase A [la peor] expresa en general el límite del precio general regulador del mercado, del precio a que puede entregarse el producto total, y regula en este sentido el precio de este producto total”. (Marx., op. cit., vol. III, Capítulo XLV). En otras palabras, el costo de producción para toda calidad de tierras tendrá también un suplemento idéntico: k , la renta absoluta. Por ejemplo, si $(P + r)$ es el precio general de mercado de una mercancía cultivada o extraída de la tierra A de peor calidad, entonces el precio general de mercado de la tierra inmediata superior en calidad, B, será $(P' + r)$, donde $P > P'$, siendo P el costo de producción en A y P' el costo de producción en B. Entonces, la única renta correspondiente a la peor tierra, su renta absoluta, determina el “precio a que puede entregarse el producto total” en el sistema. Puesto que la renta absoluta –como el espacio absoluto del universo newtoniano– impregna el espacio-precio de todas las mercancías que requieren tierra, toda la clase capitalista involucrada en la producción de esa mercancía puede apelar a ella como parte del costo de su “actividad económica” (algo así como un impuesto o un diezmo). Por consiguiente, ocupará un lugar en el caudal común de la plusvalía, cualquiera sea la posición individual de una mercancía en las categorías de composición orgánica.

La renta absoluta –producto de los intereses de la clase rentista y de la tolerancia más instintiva del capital– no se fundamenta en ninguna condición individual específica de una fase que, en mi opinión, Marx

localiza erróneamente como fuente de su valor. Más bien, es un eco de “la sangre y el fuego” propios de la acumulación originaria, algo similar al ruido de fondo cósmico, huella fósil del “big bang”. Prosigue con más vigor aún a principios del siglo XXI porque en el siglo XX surgió un grupo nuevo de rentistas (muchos de ellos fuera de las filas de la industria petrolera) para quienes la acumulación originaria no era una historia antigua, gastada y finiquitada sino un proyecto incompleto, contemporáneo.

Marx sostenía que la renta absoluta terminaría por desaparecer, puesto que la composición orgánica de la agricultura (y la minería) iba aumentando y alcanzaría la del promedio e incluso la superaría (como ocurrió en los últimos cincuenta años del siglo XX en Estados Unidos). Sin embargo el “tributo” que el capital ofrenda a los terratenientes con la forma de renta absoluta no depende del desarrollo de la ciencia y la tecnología: ¡no desaparecería aunque el terreno estuviera situado en Marte! Desde luego, como el “eco” de fondo del Big Bang, no es fácil distinguir la renta absoluta de la renta diferencial y los precios monopólicos. Con todo, en cuanto sustrato residual de valor, sus incrementos o reducciones tienen un efecto uniforme sobre la rama de producción en cuestión, ya sea el cultivo de tomates o la extracción de petróleo. Así, cuando uno observa cambios importantes, amplios y continuos en los precios de mercado de mercancías agrícolas o mineras, puede ser que su origen sea una modificación de la renta absoluta, modificación que podría acaecer cuando hay una alteración significativa en las relaciones de poder entre el sector rentista y el capitalista.

La renta diferencial

La renta absoluta es importante para comprender los grandes cambios homogéneos del precio del petróleo, provenientes de los límites y las barreras que la propiedad de la tierra impone a la expansión de nuevas áreas de producción. En el caso del petróleo, determina el “precio umbral” para tomar parte en el “negocio petrolero”. En cambio, como su nombre lo indica, la renta diferencial depende de la situación particular de la producción petrolífera con respecto al precio promedio de producción (“el precio promedio del mercado, que difiere de sus oscilaciones”) que, en la mayoría de los casos está determinado por el costo de producción en los peores yacimientos productivos (peores en el sentido de menos productivos, más distantes o más onerosos). Según la definición de Marx: “[la renta diferencial] brota siempre de la diferencia entre el precio individual de producción del capital concreto a cuya disposición se halla la fuerza natural monopolizable y el costo de producción del capital invertido en la rama de producción de que se trata, en su conjunto” (Marx., op. cit., vol. III, Capítulo XXXVIII).

En este caso, la renta emerge porque las fuerzas naturales (incluso la accesibilidad de las formaciones subterráneas de petróleo) dan a un capitalista determinado una plusganancia que el terrateniente puede “hacer pasar” del “bolsillo” del capitalista al suyo propio.

Pensemos en dos capitalistas, a y b, que invierten la misma cantidad de capital constante y variable en

los predios A y B que son propiedad de los terratenientes A y B. En razón de la diferencia de fertilidad de los suelos, los precios de producción de las tierras P_a y P_b difieren mucho, y $P_a > P_b$. Digamos que $P_a + k$ es el precio de mercado, donde k es la renta absoluta. Entonces, $(P_a + k) - (P_b + k) = d$, donde d es la plusganancia que “tendría” el capitalista B al vender su mercancía. Como ese valor d se debe a la mayor fertilidad de la tierra B, el terrateniente B le reclama esa cantidad al capitalista b como suya propia. Esa es la renta diferencial. El capitalista b no puede negarle esa renta al propietario B por la sencilla razón de que B puede expulsarlo de “su” tierra [la de B], apropiarse sin reintegro de cualquier mejora que b haya hecho y conseguir que otro capitalista conforme con obtener solo la tasa de ganancia promedio empiece a producir la misma mercancía en la tierra desalojada (en la industria petrolera, la “mejora” más importante es el propio descubrimiento del recurso).

De hecho, solo en el ámbito de la renta los capitalistas mismos se ven amenazados de expulsión y expropiación como los trabajadores. Esta situación tiene enorme peso en la industria del petróleo, especialmente en Estados Unidos, porque en esta organización jurídica, uno de los aspectos más evidentes lo constituyen las frecuentes “injusticias” que cometen los terratenientes contra los capitalistas más audaces. Por ejemplo, las utilidades derivadas del descubrimiento de yacimientos petrolíferos “rara vez beneficia el descubridor primigenio” porque comprar grandes extensiones de tierras antes de realizar la exploración petrolífera correspondiente es muy caro y

riesgoso. Hay muchos “oportunistas” en esa rama de la industria en Estados Unidos; en otras palabras, habitualmente la mayor parte de los “ganadores” son los que menos arriesgaron. En concreto –informa E. Miller, que estudió esa cuestión en los años setenta– “el porcentaje de las ganancias que recibe quien descubre un pozo productivo es inversamente proporcional al tamaño del campo en cuestión” [citado en Bina 19992: 193].

Además de estas “injusticias”, la renta también plantea una paradoja: tanto en el caso de mercancías agrícolas como en las de extracción, la peor tierra “determina el valor de mercado”. ¿Por qué? Teóricamente, la respuesta es evidente, incluso tautológica si se aceptan los supuestos que enumero a continuación. En tal caso, es lógico que el precio de mercado del petróleo esté determinado por el yacimiento menos productivo. Veamos los supuestos:

-El precio de mercado del petróleo es independiente del terreno de producción.

-Todo terreno de producción debe brindar por lo menos la tasa de ganancia media.

-Los terrenos de producción que solo dependen de la accesibilidad al subsuelo petrolífero se pueden ordenar en una secuencia descendente, encabezada por el mayor costo de producción:

$$P > P_1 > P_2 > \dots > P_n$$

Por consiguiente, el costo de producción más alto, P , define la producción en campos menos favorables: debe ser igual por lo menos al precio de mercado y alcanzar, además, la tasa media de ganancia; de lo contrario, no podría mantenerse. Si el precio de mercado aumenta, sería posible operar con un costo de producción superior a P en un terreno peor, el cual definiría entonces el costo de producción de esa “nueva” tierra de calidad inferior. Si el precio de mercado disminuye, el petróleo cuyo costo de producción es P ya no podría venderse con la tasa media de ganancia, de modo que pronto cesaría la extracción. En esta última situación, supongamos otro precio, P_1 sería el más alto precio de producción viable en la nueva tierra peor.

En la historia de la industria petrolera, a medida que cambia el precio de mercado y se descubren nuevos yacimientos de diversa productividad, la etiqueta de “peores” tierras se ha desplazado de Pensilvania a Texas, de allí al Mar del Norte y luego ha vuelto a Pensilvania. En la actualidad, vemos un nuevo desplazamiento debido a la introducción de métodos “extremos” de extracción, como la fractura hidráulica [*fracking*], que han revertido la tendencia declinante de extracción.

Desde luego, el “peor” campo no “determina” el precio del petróleo, que es el resultado de muchas fuerzas en pugna, de corto y de largo plazo, pero perfila la silueta de los ámbitos de extracción posibles y, por lo tanto, estructura la historia de la industria. Sin embargo, las tierras peores (o menos productivas) no son fáciles de identificar empíricamente *a priori*.

En el siglo XIX se hicieron intentos fallidos por ordenar las tierras agrícolas en forma descendente teniendo en cuenta sus propiedades químicas. A finales del siglo XX, Cyrus Bina –figura eminente en la teoría de las rentas petroleras– parece haber hallado un índice conveniente en el costo medio de descubrir, extraer y procesar un barril de petróleo “nuevo” (Bina 1992:197). Tomando ese índice como base, Bina sostuvo que, desde principios de la década de 1970, los campos petrolíferos de Estados Unidos son

[...] la región menos productiva del mundo. Por otro lado, constituyen la región más explorada del planeta [...] Como la producción de petróleo está integrada a nivel global y como el petróleo estadounidense brota de los yacimientos menos productivos (tanto desde el punto de vista de la intensificación de capital como de su ampliación), el valor individual vinculado con los campos petrolíferos [de Estados Unidos] se ha convertido en el valor social de toda la industria petrolera internacional (Bina 1992: 196-197).

El empeño que pone Bina en fundamentar su teoría de la renta petrolera con pruebas estadísticas es muy loable, pero debemos recordar que son muchos los factores que determinan la categorización de una tierra como la “peor” para producir una mercancía dada, es decir, como la que no brinda renta diferencial. Como mínimo, hay que sopesar la “fertilidad” –o su equivalente para la industria petrolera– contra el

emplazamiento, y esos dos factores a menudo se contraponen. Por esa razón, puede ser que el índice de Bina no sea totalmente fiable pues, aunque vemos que Estados Unidos tiene el costo más alto de exploración y extracción, los yacimientos de ese país tienen un emplazamiento privilegiado, en el corazón de la región más consumidora de petróleo de todo el planeta. Al fin y al cabo, el costo de trasladar un barril de petróleo desde un pozo de Texas hasta la refinería ubicada en ese mismo Estado es radicalmente menor que el de trasladarlo desde Arabia Saudita hasta Texas.

Si pudiéramos rastrear a lo largo del último siglo cuál fue la sucesión de peores yacimientos, tendríamos una herramienta muy útil para reconstruir la historia de la industria petrolera y veríamos, sin duda, que esa industria no se desarrolló según las previsiones de Ricardo para la expansión agrícola, como un avance ininterrumpido de zonas más fértiles a otras menos fértiles. La evolución concreta de la exploración, instalación y extracción se vio afectada en gran medida por acontecimientos políticos, en especial por las luchas revolucionarias y contra los cercamientos de Rusia, México, Indonesia y Argelia, entre otros lugares “conflictivos” anticoloniales. De todos modos, esa falta de regularidad también se observaba en el desarrollo de las tierras agrícolas en Inglaterra, según observó Marx:

El orden por el que se incorporan al cultivo no depende ni de su calidad ni de su situación, sino de factores completamente externos. A la luz de la historia de los terrenos comunales ingleses, que nos enseña cómo los *Enclosure Bills*

van convirtiéndolos poco a poco en propiedad privada y abriéndolos al cultivo, nada más ridículo que esa fantástica explicación de quienes creen que son los químicos agrícolas modernos, un Liebig, por ejemplo, quienes dirigen la selección a que responde el orden de roturación de estas tierras, designando a unas como aptas para el cultivo, por sus propiedades químicas, y eliminando otras. El factor decisivo, aquí, es la ocasión, que hace al ladrón: los pretextos jurídicos más o menos plausibles que se les ofrecen a los grandes terratenientes para extender sus dominios (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XLV).

En este pasaje, Marx se limita a señalar que el escenario pintado por Ricardo no es aplicable a la mismísima crisis que pretendía explicar: el aumento de precio de productos agrícolas durante las guerras antijacobinas.⁹

En realidad, el sarcástico razonamiento de Marx se puede aplicar a la justificación que hace Hubbert de la presunta distribución gaussiana (llamada a menudo “campana de Gauss”) de los yacimientos petrolíferos operativos en todo el mundo desde 1859 hasta 2159. M. K. Hubbert argumentaba que en la primera eta-

9 Como se explica en la traducción de Scarón, de Siglo XXI: “Guerra antijacobina. – En la versión francesa (TFA 493) Marx atribuye la autoría de esa expresión al escritor y líder radical y obrerista William Cobbett (1762-1835): “*antijacobinwar*, tal es el nombre dado por William Cobbett a la guerra contra la Revolución Francesa”. [N. de las T.]

pa posterior a 1859 se encontrarían los grandes yacimientos (y que esos grandes yacimientos fáciles de hallar satisfacerían una demanda inicial modesta); que en la segunda etapa se encontrarían cada vez menos yacimientos grandes y que, como la demanda es creciente, el pico petrolero se alcanzaría en la primera década del siglo XXI. Aplicando ese razonamiento, se obtienen las “apacibles” curvas gaussianas de extracción petrolera que cubren el período 1859-2159.

Sin embargo, si es válida la máxima de que “la ocasión hace al ladrón”, podemos estar seguros de que ninguna curva “apacible” reflejará el pasado y el futuro de la extracción de petróleo (y de gas). Por el contrario, nos encontraremos con un gráfico muy irregular, como de hecho se comprueba en las estadísticas oficiales de Estados Unidos (véase el Gráfico 3 de la página xxx).

Renta diferencial I y/o II

Así como el aumento de los precios agrícolas a principios del siglo XIX no puede explicarse como obra de la naturaleza (de ahí la ira y la desesperación del general Ludd¹⁰), la renta diferencial tampoco se explica exclusivamente por condiciones naturales. Las diferencias que afectan la renta del suelo (sea en tierras productoras de trigo o de petróleo) no se deben simplemente a razones geológicas o de costo del transporte. Sin duda, la química y la distancia son factores

10 Personaje del octavo episodio de la serie *Lista Negra* [The Blacklist], emitida originalmente por NBC. [N. de las T.]

importantes para la producción. Al fin y al cabo, nadie puede crear por arte de magia las complejas condiciones necesarias para mantener durante millones de años un lago subterráneo de petróleo cubierto por una roca no porosa (que, por ende, conserva el lago para que finalmente aproveche de él la astuta pero poco fiable especie humana). Nadie puede crearlo ni mantenerse a trescientos metros de profundidad bajo las llanuras de Oklahoma ni evaporar con su solo deseo el Océano Atlántico que separa el Delta del Níger de Nueva Jersey.

Si bien los deseos no son herramientas eficaces en la agricultura ni en la industria petrolera, pueden volverse realidad si están respaldados por inversiones de capital. De hecho, la aplicación de capital no solo transforma la química y la geometría terrestres: también crea una sustancia social, eso que Marx denominó “*la terre-capital* [tierra-capital]”, cuando “el capital se ha incorporado a ella” (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XXXVII). Así, el capital se transforma en su segunda naturaleza, lo cual tiene efectos profundos sobre todos los capitalistas que invierten en ella (sea para su explotación agrícola o para extraer petróleo) y sobre todas las especies, desde los microbios hasta los seres humanos, que “traspasan” sus límites. Una consecuencia de esa incorporación de capital a la naturaleza es que, al terminar el contrato, el terrateniente recibe el capital incorporado a ella como si fuera propio o, como Marx dice irónicamente, con cita clásica y todo: “Los terratenientes se embolsan así como cosa suya el resultado de un desarrollo social logrado sin que ellos pongan nada de su parte: *fruges consumere nati*” [es

decir, “nacidos para consumir los frutos. (Marx, *ibíd.*).

La lucha entre el agricultor capitalista o el que extrae petróleo con el propietario de la tierra se desenvuelve en muchos frentes. En primer lugar, está sin duda presente en el conflicto sobre la duración de las concesiones. Por ejemplo, los capitalistas intentan prolongar el período en que la inversión incorporada puede utilizarse para su propia ganancia, mientras que los propietarios de tierra, si pueden, procuran siempre reducir la duración de esos contratos. En segundo lugar, la lucha se desenvuelve en el plano del conocimiento. Tanto los agricultores capitalistas como los ejecutivos de compañías petroleras se preocupan por que el propietario de la tierra ignore tanto como sea posible el monto producido y las ganancias reales de la explotación (lo mismo si se trataba del conde de Cork en el siglo XIX o del general Babangida de Nigeria a finales del siglo XX). Son reacios a los catastros y a los funcionarios de las oficinas de impuestos y hallan mil y una maneras de esconder el meollo de la cuestión: ¿cuánto han invertido en la tierra y cuál es la tasa de depreciación? Marx resume este forcejeo en el siguiente pasaje:

De aquí la tenaz resistencia que los arrendatarios ingleses oponen a la formación de una estadística agrícola oficial. Y de aquí también la lucha entre ellos y los terratenientes en torno a la fijación de los resultados reales de su inversión de capital (Morton). La explicación de esto está en que la renta se establece al arrendarse la tierra, con lo cual las ganancias

extraordinarias obtenidas por las inversiones sucesivas de capital van a parar al bolsillo del arrendatario, mientras permanece en vigor el contrato de arriendo. De aquí también la lucha de los arrendatarios por conseguir contratos a largo plazo, y a la inversa, la multiplicación de los contratos rescindibles anualmente (*tenancies at will*) por la prepotencia de los terratenientes (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XL).

La inversión de capital en tierras tiene muchas consecuencias complejas sobre la renta del suelo además de este disputado “regalo” que reciben los terratenientes bajo la forma de terre-capital. A fin de analizar esos efectos, Marx estableció una diferencia entre la primera y la segunda forma de la renta diferencial; DRI y DRII. Hasta ahora, hemos analizado la DRI y reconocemos ahora que se trata de una abstracción, puesto que implica que las diferencias “naturales” entre el uso que se da a diferentes partes de la tierra pueden aislarse de las diferencias sociales que surgen de la inversión de capital. La DRII es una abstracción complementaria, relativa a las diferencias de renta causadas por sumas de capital invertidas sucesivamente sobre la misma extensión de tierra con diversa productividad. Marx comenta específicamente al respecto: “Hasta aquí sólo hemos considerado la renta diferencial como el resultado de la distinta productividad de inversiones iguales de capital sobre extensiones de tierra iguales pero de diversa fertilidad”. En otras palabras, aislamos el efecto que tiene a lo largo del tiempo la inversión adicional de capital (superior

a la “normal”). Es difícil diferenciar los dos casos en lugares donde la agricultura es intensiva en capital, donde la profesión de tasador de tierras es “muy importante, complicada y difícil”¹¹ (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XL).

Como demuestra la embrollada y poco esclarecedora explicación de Marx, DRII es importante, complicada y también ¡teóricamente difícil! La paciencia del marxista más concienzudo halla su límite en el laberinto de tablas que presentan mundos agrícolas plausibles e imposibles más los razonamientos aritméticos arbitrarios que pretenden expresar las tendencias históricas y económicas, enredada espesura que constituye los capítulos 40 a 45 del tercer volumen del *El capital*. De hecho, el gran marxista que era Frederick Engels sale a menudo de entre bastidores en su carácter de editor con el fin de corregir y disculpar los errores de Marx y aportar algo allí donde el autor parece bajar los brazos en su deseo de liberarse de esa maraña de escenarios. Marx en su peor aspecto rizomático.

La conclusión que agrega Engels al final de la exposición de los muchísimos casos y subcasos de DRII que presenta Marx es muy clara:

11 La idea se aclara citando algo más del fragmento de Marx: “Por esto en los países de cultivo intensivo (y, económicamente, no entendemos por cultivo intensivo sino la concentración del capital en la misma tierra, en vez de estar repartido en tierras situadas las unas al lado de las otras) es la profesión de tasador de tierras, como ha expuesto Morton en su obra *Resources of Estates* [Londres, 1858, páginas 209 ss.], una profesión tan importante, complicada y difícil”. [N. de las T.]

Por consiguiente, cuanto más capital se invierte en la tierra, cuanto más desarrollada se halle la agricultura y la civilización en general dentro de un país, tanto más aumentarán las rentas, lo mismo por acre que en cuanto al total, más gigantesco será el tributo que la sociedad vendrá obligada a pagar a los grandes terratenientes bajo la forma de excedente de ganancias, mientras todas las clases de tierras cultivadas se hallen en condiciones de hacer frente a la competencia (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XLIII).

Hay un solo caso en que la inversión del capitalista en el suelo o subsuelo puede amenazar a los rentistas: cuando se abandona la peor tierra que determina el precio regulador de una mercancía y alguna otra tierra mejor es redefinida como “peor tierra”. Al respecto, Marx escribe: “La condición para ello, según las premisas de que se parte, es que el producto suplementario de las inversiones adicionales de capital satisfaga la demanda y que, por tanto, la producción de las tierras inferiores A, etc., resulte superflua para la nivelación de la oferta necesaria.” (Marx, *ibíd.*, vol. III, Capítulo XVII). En tal caso, todo un sector de la clase rentista es aniquilado o bien puede subsistir si el Estado toma alguna medida extraordinaria (por ejemplo, imponer aranceles altos a las importaciones que provengan de tierras extranjeras más productivas o dar subsidios).

Desde luego, esa situación (o el temor de que se produzca) ha ocurrido con frecuencia en la historia de

la agricultura y de la extracción de petróleo. Con esa posibilidad en mente, Engels se refería a la clase terrateniente de finales del siglo XIX, que tuvo que afrontar el hecho de que sus granjeros y campesinos arrendatarios debían competir con el trigo y el maíz de las praderas norteamericanas, de las pampas argentinas y de “las comunidades campesinas de Rusia e India”. Concluía diciendo: “Una parte de la tierra de Europa quedó definitivamente eliminada de la competencia en el cultivo de cereales, las tierras bajaron en todas partes” (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XLIII).¹²

12 El comentario completo de Engels dice así: “De una parte, a las praderas norteamericanas y a las pampas argentinas, estepas que la misma naturaleza se había encargado de convertir en fecundas tierras para el arado, tierras vírgenes que podían dar durante años abundantes cosechas aun con métodos primitivos de cultivo y sin el empleo de abonos. De otra parte, las tierras pertenecientes a las comunidades campesinas de Rusia y la India, obligadas a vender una parte cada vez mayor de su producto para obtener dinero con que hacer frente a los impuestos que el implacable despotismo del Estado les arrancaba, no pocas veces por medio de la tortura. Estos productos se vendían sin tener en cuenta el costo de producción, al precio que el intermediario ofrecía, pues el campesino necesitaba a toda costa dinero para el vencimiento. El arrendatario y el campesino europeos no podían hacer frente, a base de las antiguas rentas, a esta doble competencia: la de la tierra virgen de América y la del campesino ruso e indio colocado en el torniquete de los impuestos. Una parte de la tierra de Europa quedó definitivamente eliminada de la competencia en el cultivo de cereales, las tierras bajaron en todas partes”. [N. de las T.]

Un siglo después, a principios de la década de 1980, cuando el precio del petróleo alcanzó su pico histórico (solo repetido en términos “reales” en 2008), el ministro saudita Yamani expresó un temor similar: “Si obligamos a los países occidentales a hacer grandes inversiones para encontrar fuentes alternativas de energía, conseguirán hallarlas. Les llevará unos siete años o, a lo sumo, diez y el resultado será que su dependencia del petróleo como fuente de energía será mucho menos, al punto de poner en peligro los intereses de Arabia Saudita” (citado en Gambino 2000). Yamani imaginaba una situación en la que Arabia Saudita quedaría desplazada en los márgenes de las “peores tierras” en la serie de los precios de producción para ser luego expulsada totalmente de ella por algún proyecto radical destinado a crear nuevas fuentes de energía, como lo había sido el programa “Manhattan” para crear la bomba atómica. Tal vez fuera un augurio apocalíptico en esa época, anunciado por un antiguo “jugador” que procuraba llamar la atención, pero nadie niega que pueden acaecer transformaciones súbitas de ese tipo. Por ejemplo, a mediados del siglo XIX, los productos destilados del petróleo sustituyeron al aceite de ballena para la iluminación en menos de diez años (Franklin 2007: 59-61; Dolin 2007: 339-341). De hecho, el proceso llevó tan solo un año. Ya en 1860 los capitanes de los barcos balleneros comentaban: “este infernal método de extraer petróleo de las entrañas de la tierra solo le cede el primer lugar como catástrofe a la fiebre del oro en California” (citado en Dolin 2007: 340). En 1865, los comentarios eran peores: “es bastante

notable el número de balleneros y comerciantes de aceite de ballena que hoy se dedican al negocio del petróleo” (Dolin 2007: 2007).

A este respecto, debemos recordar que las llamadas “energías alternativas” no son tecnologías anti-capitalistas *per se*. Aunque se las pueda usar para augurar la extinción de los grandes terratenientes petroleros (o, al menos, para que sus propiedades del desierto no sean más que eso: predios que poseen en el desierto).

De suerte que el efecto de la renta diferencial II en la industria petrolífera, como en la agricultura, puede ser muy complejo y ambiguo. Desde luego, en la mayoría de los casos, la inversión de capital en la extracción de petróleo aumenta en gran medida el valor de la tierra en cuyo subsuelo está el yacimiento (hasta que la extracción alcanza su límite y se produce un colapso). No obstante, la inversión de capital puede tener también consecuencias que revolucionen el papel de los terratenientes de la industria petrolera porque, mediante las transformaciones científico-tecnológicas adecuadas, la “peor” tierra puede convertirse en la “mejor” y viceversa. De todos modos, la borrosa frontera entre la renta diferencial I y la II, así como la confusión entre la productividad debida a la naturaleza y la que se debe al capital, advierten claramente que cualquier aplicación de la teoría marxista de la renta del suelo para explicar las alteraciones del precio del petróleo es asunto muy difícil.

Si bien, aplicar la teoría marxista no es un proyecto tentador, no hay alternativas razonables, dadas las teorías en boga que ofrecen las ciencias económi-

cas. Pues la teoría crítica de Marx tiene una evidente ventaja sobre las teorías competidoras, tanto más elegantes en su presentación: presenta una crítica de la renta y vincula su origen con la formación de las clases fundamentales del capitalismo. Por último, reclama su abolición, rechazando la idea de que es un “factor de producción” eterno. En un apartado rincón del volumen III de *El capital*, en un fragmento visionario (aunque patriarcal), Marx hace una profecía tan conmovedora como la de Alce Negro:

Por eso, para el comprador [de la tierra] no aparece como adquirido gratuitamente su derecho a percibir la renta, como adquirido sin el trabajo, el riesgo y el espíritu de empresa del capital, sino como pagado por un equivalente. A sus ojos, ya lo hemos puesto de relieve más arriba, la renta aparece simplemente como el interés del capital con que ha comprado la tierra y, por tanto, su derecho a percibir la renta. Exactamente lo mismo que quien compra un negro no cree que su derecho de propiedad sobre él se deba a la institución misma de la esclavitud, sino a la operación de la compra-venta de la mercancía negra. Pero la venta no crea título; se limita a transferirlo. El título tiene que existir antes de venderse, y si no basta un acto aislado de venta para crear este título, tampoco bastará una serie de actos de venta, su continua repetición. Lo que crea el título son las relaciones de producción. Cuando éstas llegan a un punto en que no tienen más remedio que mudar la piel,

desaparece la fuente material del título, económica y jurídicamente legítima, fuente basada en el proceso de la creación social de vida, y con la fuente del título, la de todas las transacciones basadas en él. Considerada desde el punto de vista de una formación económica superior de la sociedad, la propiedad privada de algunos individuos sobre la tierra parecerá algo tan monstruoso como la propiedad privada de un hombre sobre su semejante. Ni la sociedad en su conjunto, ni la nación ni todas las sociedades que coexistan en un momento dado, son propietarios de la tierra. Son, simplemente, sus poseedoras, sus usufructuarias, llamadas a usarla como *boni patres familias* y a transmitirla mejorada a las futuras generaciones (Marx, op. cit., vol. III, Capítulo XLVII).

Bibliografía

Arneil, Barbara (1996). *John Locke and America: The Defence of English Colonialism*. Oxford: Clarendon Press.

Becker, Lawrence C. (1977). *Property Rights: Philosophic Foundations*. Londres: Routledge & Kegan Paul.

Bina, Cyrus (1992). "The Laws of Economic Rent and Property: Application to the Oil Industry". *American Journal of Economics and Sociology*, Vol. 51, No. 2 (abril), pp. 187-203.

Blair, John M. (1976). *The Control of Oil*. Nueva York: Random House.

Burns, Rebecca (2015). "Striking Oil Workers Say They're Fighting Deadly Working Conditions". *In These Times*, 11 de febrero. Último acceso: 18 de enero 2016. Recuperado de: <http://www.inthesetimes.com>

Caffentzis, George (2013). *In Letters of Blood and Fire: Work, Machines, and the Crisis of Capitalism*. Oakland, CA: PM Press. [Ed. cast.: (2020). *En letras de sangre y fuego. Trabajo, máquinas y crisis del capitalismo*. Buenos Aires: Tinta Limón.]

Carroll, Joe (2006). "Tapping older oil fields for profitable leftovers". *International Herald Tribune*, 7 de abril.

Cleaver, Harry (2000). *Reading Capital Politically*. Edinburgo: AK Press.

Dalla Costa, Mariarosa (1972). "Community, Factory and School from the Woman's Viewpoint", *L'Offensiva*.

Dalla Costa, Mariarosa (1973). "Women and the Subversion of the Community". En Dalla Costa y Selma James (eds.). *The Power of Women and the Subversion of the Community*. Bristol: Falling Wall Press. [Ed. cast.:

(1975). “Las mujeres y la subversión de la comunidad”. En *El poder de las mujeres y la subversión de la comunidad*. México: Siglo XXI.]

Dolin, Eric Jay (2007). *Leviathan: The History of Whaling in America*. Nueva York: W.W. Norton & Company.

Federici, Silvia, (2004). *Caliban and the Witch: Women, the Body and Primitive Accumulation*. New York: Autonomedia. [Ed. cast.: (2011). *Calibán y la bruja. Mujeres, cuerpo y acumulación originaria*. Buenos Aires: Tinta Limón.]

Federici, Silvia, (2012). *Revolution at Point Zero. Housework. Reproduction and Feminist Struggle*. Nueva York: PM Press-Common Notions. [Ed. cast.: (2018). *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*. Buenos Aires: Tinta Limón.]

Franklin, H. Bruce (2007). *The Most Important Fish in the Sea*. Washington DC: Island Press.

Fromkin, David (1989). *A Peace to End All Peace: Creating the Modern Middle East, 1914-1922*. Nueva York: Henry Holt & Co.

Helman, Christopher (2013). “New Ranking: The Most Lucrative Countries For Oil And Gas Workers”. *Forbes*, 13 de febrero. Último acceso: 18 de enero 2016. Recuperado de: <http://www.forbes.com/sites/christopherhelman/2013/02/11/new-ranking-the-most-lucrative-countries-for-oil-and-gas-workers/#2715e4857a0b6be46b695eb0>

Herman, Arthur (2001). *How the Scots Invented the Modern World: The True Story of How Western Europe's Poorest Nation Created Our World and Everything in It*. Nueva York: Three Rivers Press.

Hubbert, M. King (1956). “Nuclear Energy and the Fossil Fuels”. Presentación ante el Instituto Estadounidense del Petróleo, 7 y 8 de marzo.

Hume, David (2000) [1739]. *A Treatise of Human Nature*. Edición de David Fate Norton y Mary J. Norton. Oxford: Oxford University Press. [Ed. cast.: (1992) *Tratado de la naturaleza humana*. Edición de Félix Duque. Madrid: Tecnos.]

Keynes, John Maynard (2007) [1936]. *The General Theory of Employment, Interest and Money*. Londres: Macmillan. [Ed. cast.: (1943). *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero*. 1a ed. México: Fondo de Cultura Económica.]

Labérenne, Paul (1971). “Mathematics and Marxism.” En F. Le Lionnais (ed.). *Great Currents of Mathematical Thought*. Vol. 2. Nueva York: Dover Publications. [Ed. cast.: (1962). “Las matemáticas y el marxismo”. En *Las grandes corrientes del pensamiento matemático*. Buenos Aires: Eudeba.]

Malm, Andreas (2016). *Fossil Capital: The Rise of Steam Power and the Roots of Global Warming*. Londres: Verso.

Marx, Karl (1976) [1867]. *Capital*. Vol. I. Londres: Penguin Books. [Ed. cast.: (1943). *El capital. Crítica de la economía política*. Vol. I. México: Fondo de Cultura Económica.]

Marx, Karl (1981) [1894]. *Capital*. Vol. III. Londres: Penguin Books. [Ed. cast.: (1946). *El capital. Crítica de la economía política*. Vol. III. México: Fondo de Cultura Económica.]

Marx, Karl (1973) [1939, 1941]. *Grundrisse*. Londres: Penguin Books. [Ed. cast.: (1971). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Borrador 1857-1858*. México: Siglo XXI.]

Meek, Ronald L. (1956). *Studies in the Labour Theory of Value*. Londres: Monthly Review Press.

Midnight Notes Collective (1979). *Midnight Notes 2: No Future Notes*. Disponible en: www.midnightnotes.com.

Midnight Notes Collective (1992). *Midnight Oil: Work, Energy, War, 1973-1992*. Brooklyn, NY: Autonomedia.

Midnight Notes Collective (1997). *One No and Many Yeses. Midnight Notes 11*. Disponible en: www.midnightnotes.com.

Midnight Notes Collective (2001). *Auroras of the Zapatistas: Local and Global Struggles in the Fourth World War*. Nueva York: Autonomedia.

Mitchell, Timothy (2011). *Carbon Democracy: Political Power in the Age of Oil*. Londres: Verso.

Moore, Jason W. (2015). *Capitalism in the Web of Life: Ecology and the Accumulation of Capital*. Nueva York: Verso. [Ed. cast.: (2020). *El capitalismo en la trama de la vida. Ecología y acumulación de capital*. Madrid: Traficantes de Sueños.]

Muttitt, Greg (2012). *Fuel on the Fire: Oil and Politics in Occupied Iraq*. Nueva York: The New Press.

Poovey, Mary (1998). *A History of the Modern Fact: Problems of Knowledge in the Sciences of Wealth and Society*. Chicago: The University of Chicago Press.

Ropke, Wilhelm (1942). *International Economic Disintegration*. Londres: William Hodge and Co. Ltd.

Ross, Michael L. (2012). *The Oil Curse: How Petroleum Wealth Shapes the Development of Nations*. Princeton: Princeton University Press.

Shelly, Toby (2005). *Oil: Politics, Poverty and the Planet*. Londres: Zed Books.

Smith, Adam (1998) [1776]. *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations*. Washington, DC: Regnery Publishing, Inc. [Ed. cast.: (1994). *La riqueza de las naciones*. Madrid: Alianza Editorial.]

Sraffa, Piero (1960). *Production of Commodities by Means of Commodities: Prelude to a Critique of Economic Theory*. Cambridge: Cambridge University Press. [Ed. cast.: (1966). *Producción de mercancías por medio de mercancías. Preludio a una crítica de la teoría económica*. Barcelona: Oikos-Tau.]

U.S. Energy Administration (2015). *What are the products and uses of petroleum?*

Vasquez, Patricia I. (2014). *Oil Sparks in the Amazon: Local Conflicts, Indigenous Populations, and Natural Resources*. Athens, GA: The University of Georgia Press.

Watson, Bill (1971). *Counter-Planning on the Shop Floor*. Boston: New England Press Free.

Wong, Yang y Oksen, Lisa (2013). "Workplace deaths drop –but not in the oil industry". *Houston Chronicle*, 13 de febrero.

World Bank [Banco Mundial] (1995). *Claiming the Future: Choosing Prosperity in the Middle East and North Africa*. Washington, D.C.: The World Bank.

World Bank [Banco Mundial] (2016). Data on "Labor force, total". Último acceso: 20 de marzo 2016. Recuperado de: data.worldbank.org/indicator/SL.TLF.TOTL.IN?page=5

Este título *Una teoría marxista del valor-trabajo a la luz de la industria petrolera* se terminó de imprimir el 29 de mayo de 2022 en Imprenta Dorrego, Buenos Aires, Argentina